Francisco Moyen

Los Horrores de la Inquisición en América

Por

B. Vicuña Mackenna

Santiago, Galvez 165.—Casilla 1832.—Teléfono Nacional 238.
FRANCISCO MOYEN

Los horrores de la Inquisicion en América

POR

B. Vicuña Mackenna

Edición económica

SANTIAGO DE CHILE

Imprenta y Oficina de LA DEMOCRACIA

Bandera 16 G. — Teléfono 189

1895
ADVERTENCIA

sobre la presente edición

El gran interés que tiene la narración que Vicuña Mackenna hizo en 1868 respecto de la inquisición de Lima, nos ha inducido a publicarla en La Democracia, pero suprimiendo el crecido número de documentos que no es posible insertarlos en un folletín.

Por consiguiente, la presente publicación estará desnuda de todo lo que no corresponde a la vida del desgraciado Francisco Moyen, objetivo de esta obra. Dejamos a un lado muchas notas y documentos cuya extensión no permite agruparlos aquí.

Agregamos que Vicuña Mackenna escribió ésta para rebatir una publicación hecha por el prebendado don José Ramon Saavedra, el cual calificó de dulce sistema penal el de la inquisición.

Aquel escritor le rebatió, probando los horrores de ese tribunal, exhibiendo el proceso de Moyen, cuyas piezas principales aquí se insertan o extraen.

La inquisición y sus horrores queda de manifiesto en estas páginas, basadas en la más estricta verdad histórica suficientemente comprobada.

EL EDITOR

DE LA PRESENTE PUBLICACIÓN

Santiago, Noviembre de 1895.
FRANCISCO MOYEN

Francisco Moyen, el protagonista de esta lugubre leyenda, nació en París el año de 1720 de una familia de artistas. Su padre, Nicolas Moyen y su abuelo, del mismo nombre, habían sido músicos de la capilla real de la corte francesa. Su madre era una señora de Borgoña llamada Elena Adin.

El joven Moyen recibió una educación esencialmente parisiense e conforme a su índole extraordinariamente viva, precoz y desarrollada. A los quince años sabía música y matemáticas, arquitectura y esgrima, pintura y dibujo a la pluma. La alianza de la frivolidad con lo brillante, que constituye el sello jenuino de todo lo que pertenece a la gran metrópolis del Sena, aparecía de relieve en la educación de Moyen y en su carácter. El hijo del músico de Luis XIV era un parisiense de sangre.

Cuando Moyen tenía solo diez y seis años, ya era en efecto un hombre del mundo. A esa edad, sin mas equipo que su violin y sus pinceles, fuése al pueblo de Nantes (1736), con el objeto de ir a
buscar la vida en Santo Domingo, a la sazon co-
lonia francesa.
Frustróse, sin embargo, el viaje por algun ac-
cidente, i el niño músico permaneció año i medio
en aquel puerto dando lecciones de violin i de
dibujo. La precocidad de su inteligencia era tan
desarrollada como su espíritu aventurero.
Pasó en seguida al puerto militar de Lorient, i
allí se embarcó en un buque de la compañía de
aquel apostadero que se dirijía a la lejana pose-
sión de Pondichery* en las costas orientales del
Asia. El joven aventurero tenía a bordo el curio-
so empleo de maestro de violin del capitán de la
nave.
Aquel viaje, como la estadía de Nantes, duro
otro año i medio; i el joven aventurero debió en-
contrar en su travesía serios peligros, porque
hizo entonces el voto de visitar la tumba del
apóstol Santiago en Galicia, promesa que cum-
plió religiosamente mas tarde.
De regreso en Lorient, dirigióse a la ciudad de
Morlaix, en Bretaña, i abandonando aquí el arco
por el compas, se hizo ingeniero. Durante seis
meses de residencia en aquel pueblo, levantó el
plano de la ciudad i del distrito; i parece que este
último trabajo le fué encomendado por el ayun-
tamiento, lo que descubre su notable habilidad
en aquella profesión. Moyen no había cumplido
todavía veinte años en esa época.
Arrastrado, no obstante, por su amor a la no-
vedad i a las aventuras, sacudió de su espíritu el
letargo de una vida de provincia, i por el año de
1739 dirigióse a Lisboa en busca de un teatro
mas adecuado a sus gustos novelescos. Fué en
esta travesía cuando Moyen, que era tan piadoso-
como inquieto cumplió su voto de visitar el se
pulcro del apóstol amado de los españoles. Per-
maneció dos meses en Santiago de Galicia, i em-
barcóse en seguida para Lisboa en el puerto de
Pontevedra.

Moyen permaneció un año tranquilo en aque-
lla corte viviendo de los recursos de su múltiple
i brillante talento. Ayudó a un escritor escocés,
ilustrando con láminas una obra que aquel tra-
bajaba por encargo del rei; enseñó esgrima a los
hijos del conde d'Ouvidor, bajo cuyo techo en-
contró abrigo, i por último, dió nociones de mú-
sica al infante don Manuel, que era aficionado a
aquel arte.

La muerte de su abuelo le llamó por esta ép-
oca (Marzo de de 1742) a París. Permaneció allí
un año i regresó a Lisboa, no ya como artista
sino como mercader. Con el fruto de sus ante-
riores i asiduos trabajos i algún legado de su
abuelo, formó una pacotilla de efectos que im-
portaba dos mil pesos, i segun los usos mercan-
tiles de aquellos años, se propuso cuadruplicar
su valor llevándola en persona a las Indias.

Dirijióse en consecuencia Moyen a Lisboa; i
allí se embarcó en la flota que cada año llevaba a
Rio Janeiro la provision entera de su mercado.
Un año empleó en aquel viaje de redondo, i
aunque no aparecen sus provechos, es indudable
que Moyen tuvo mas fortuna como pacotillero
que como artista. Sucedia esto entonces exacta-
mente como sucede ahora, i como sucederá siem-
pre, mientras el mundo sea una masa inerte de
materia.

La posicion de Moyen a su regreso de Lisboa
en 1745, era tan aventajada, que el infante don
Manuel le nombró «injenerio i dibujador de su
cámara». 
La muerte de su padre volvió a ser motivo de otro viaje a París, pues parece que Moyen tenía una alma sensible, alma de artista, y que amaba tiernamente a su familia. Su destino estorbó, sin embargo, que diera a su madre viuda el último abrazo de la vida, porque habiéndose embarcado en un navío inglés, tuvo éste un combate en alta mar y apresó una fragata francesa, con la que hubo de volver a Lisboa.

Ofrecióse allí a Moyen ocasión de un nuevo viaje a las Indias, motivada en su amistad con el conde de las Torres, personaje de importancia que llevaba, no sabemos si a Chile o al Perú, una comisión urjente.

A su lado, pero sin que conozcamos cual fué su condición, Moyen se embarcó otra vez en el Río Janeiro en la flota de galeones de 1746, y de ahí siguió inmediatamente viaje a Buenos Aires acompañando al conde. Hubo éste de partir aceleradamente para Chile por la vía de las pampas y la cordillera, que era entonces una ruta favorita entre Lima y Madrid, e aunque Moyen se preparaba a seguirle, un lance desgraciado vino a impedírselo.

Era Moyen como joven, como artista y, sobre todo, como parisense, uno de esos aventureros llenos de valentía, de jenerosidad y atalondramiento, que así daban una cuchillada a un émulo en el salon de un cafè, como se despojaban de su capa a la vuelta de una esquina para regalarla a un amigo o a un menesteroso. Ello es lo cierto que tuvo un acaloramiento con un tal don Miguel de Landaeta, personaje que debía ser de alguna cuenta, pues se hallaba provisto de reductor de Oruro, y le pasó el cuerpo con su espada. El arte de la esgrima, que Moyen poseía de
maravilla, i su jenio impetuoso, hacían, por desgracia, del joven francés un duelista consumado; i y por esos días una horrible cuchillada que le atravesaba el rostro de la frente hasta la barba, era testigo de que no sería aquel el primero ni el último paso de armas de su vida.

El rejidor de Oruro no murió, sin embargo; pero la herida fue tan grave, que su adversario hubo de buscar asilo en el claustro de Santo Domingo para escapar al rigor de la justicia. Estrajéronle con todo de allí i le mantuvieron en prisión durante tres meses, hasta que probó la justicia de su agravio i dieron los médicos buena cuenta de la salud de Landaeta.

Sucedía este a mediados de 1749, i Moyen se preparaba para seguir su viaje a Lima, en demanda de su protector el conde de las Torres. Eliñió, para llevar buena compañía, la ruta de Potosí, i el 21 de Noviembre de aquel año montó en su mula de viaje con rumbo a Córdova i Jujuy. Es de importancia contar en esta ocasión que, antes de emprender su marcha, recojióse cristianamente el artista pendenciero a la casa de ejercicios de San Ignacio de Loyola, i allí purgó sus culpas i su estocada.

Ignoramos, sin embargo, si Moyen hizo esta romería movido de espiritualidad piedad o por mandato de la leí. Cumple a nuestra conciencia el declarar, a pesar de esto, que creemos lo último, porque ya en esta época hacía ostentación de ser prosélito de los filósofos que con tanto asombro se levantan en la propia metrópolis, donde en la vecindad de los palacios se había mecido su cuna. Ya desde su último viaje de Lisboa a Rio Janeiro, uno de sus compañeros de navegación, i que debía serlo después de sus
verdugos, en calidad de denunciante, le acusaba de haber leído a Bueló i a Borrel. Durante aquella navegación i en el abandono de sus camaradas, había hablado también el incauto mancebo con entera libertad (pues según el juicio posterior de sus jueces, era «mui locuaz i audacísimo») contra el lujo de los papas; contra su prurito de hacer guerras, añadiendo que como canonizaban hombres por plata (cual si hubiese sabido la leyenda de Verdesi) vendían tambien indulgencias para pecar por dinero. Lejos estaba el infeliz francés de imaginarse que aquellas palabras que la brisa del mar arrebataba, irían a hacer rechinar tras de pasos los cerrojos de la Inquisición de Potosí. Llamábse su confidente a bordo de la nave del conde de las Torres, don Bernardo de Rosas, i debía ser hombre eclesiástico, porque cuando se hizo su delator en Potosí apoyó su denuncio en muchas citas teológicas, que no sabemos qué asidero tenían con el poder temporal de los papas. En cuanto a la doctrina político-eclesiástica de Moyen, lo único que hoy podríamos decir, es que no le habría llevado a alistar en los zaguas pontificios para pelear contra la cruz de Saboya.

Sigamos entre tanto a Moyen en su itinerario de Buenos Aires a Potosí.

Eran sus compañeros de viaje algunos comerciantes criollos i españoles del Alto Perú, que habían venido a hacer sus compras a la costa, i volvían ahora con sus efectos conducidos a lomo de mulas; jente toda moza, alegre i de buena índole, pero de una devoción terrible e intranquility. Era el principal de ellos un jóven natural de Burgos, llamado don Diego de Alvarado, que
iba a tomar su vara en el ayuntamiento de Por-
co, para el que venia provisto.

El viaje hasta Jujui no ofreció nada de nota-
ble. El 18 de Diciembre la comitiva pasaba por
Córdoba y en los primeros días de Febrero llega-
ba a Jujui. La lengua locuaz de Moyen, su vi-
olin y su carácter festivo y animoso le habían he-
cho el favorito del convoy. En cuanto a sus he-
rejías contra los papas, los buenos palurdos del
camino no las entendían o no las escuchaban.
Solo los arrieros solían decir cuando le veían pa-
sar adelante de sus mulas: ¡allá va el judío! Ver-
dad es que entonces en América no se conocían
vulgarmente sino tres razas de hombres: los cha-
petones, que eran los peninsulares; los criollos,
oriundos de América, y los judíos. A esta catego-
ria pertenecían todos los estranjeros, y especial-
mente los portugueses, porque es sabido que en
la expulsión de los judíos españoles, el mayor-
número se acojió a la corte tolerante de Lisboa.

En Jujui agregóse a los alegres mercaderes
uno de su oficio, pero falso, testarudo e disimu-
lado, que como Rosas, i antes i más perversa-
mente que él, debía hacerse el instrumento de la
perdición del incauto i palabrero Moyen. Llamá-
base aquel don José Antonio Soto i era gallego
de nacimiento, pues había nacido en la villa de
Redondela i pasado muy joven a esta parte del
nuevo continente, donde él mismo se titulaba
«comerciante de Potosí, Chile i Buenos Aires».

Comiendo Soto un día (el 10 u 11 de Marzo
de 1749) a la mesa de un comerciante de Jujui
llamado Juan Tomas Perez, con los compañeros
de Moyen, promovióse una de las conversaciones
mas usuales entre españoles ahora i en aquellos
años, la del sesto mandamiento de la lei de Dios.
i entre las risas i las copas, salió que alguno de los últimos dijera que Moyen era hereje, porque no atribuía una importancia capital a aquella prohibición. En este punto la teoría del verde violinista se acercaba más al precepto del Evangelio que al del decálogo, pues decía que entre el cresciti et multiplicamini i el sesto mencionado, estaba más de su agrado con la palabra de Dios que con la de Moises.

Al oír tan grande desacato, el sombrío gallego de Redondela levantóse de la mesa i fué a interrogar a los arrieros de Buenos Aires sobre lo que habían oído decir en el camino al judío francés. Como era inevitable, aseguraronle estos, i en especial el criado de un don Rodrigo Palacio, miembro de la comitiva, que Moyen era un hereje consumado.

Desde aquel momento Soto juró en su alma la perdición del francés, i se propuso espiar todas sus palabras en la ruta que iba a seguir hasta Potosí, asociado desde Jujuí a la banda que llegaba del Plata,

Pusose ésta en camino en dirección a Potosí el 26 de Febrero i con ella Moyen, siempre festivo, siempre atolondrado i siempre hereje. No tardó, pues, en encontrar ocasión de corroborar sus preconcebidas sospechas i de encomendar a su memoria nuevos datos para la debida delación, el oficioso familiar del Santo Oficio, hijo de Redondela de Galicia.

En la primera jornada de Jujuí a Potosí, entrando ya en la región semitropical de aquellos climas, desatóse por la tarde, i cuando los viajeros descansaban en sus carpas, una furiosa tempestad de truenos; i con este motivo suscitóse una disputa, mitad teológica, mitad física, sobre el fe-
nómenos. Hallábanse reunidos en la tienda del bien intencionado reyidor de Porco, don Diego de Alvarado, Moyen, su espía de Redondela, un diácono natural de Salta, conocido por el nombre de don Diego Antonio Martínez de Iriarte, que sin duda iba a las Charcas a recibir las órdenes sagradas, y algunos otros con los criados del primero. Las opiniones estaban divididas. El diácono decía que bastaba rezar el Quicunque para disipar la tempestad; Soto no creía sino en los conjuros y en el trisajio. Pero Alvarado, que era bromista, dijo a Moyen: «I usted, mossiu, no dice que en tiempo de tempestades lo que hace es tomar su violin y su botella de vino?» A lo que el interpelado contestó riendo que si y haciendo buen el dicho con el hecho, pues mientras Soto fuése a su carpa a rezar a gritos el rosario con sus arrieros, Moyen comenzó a apaciguar el furor de los elementos con los acordes de su arco.

Aquella escena había dado lugar a una discusión mas grave todavía entre aquellos teólogos del desierto, cuya profesión era seguir la huella de sus mulas cargadas de algodones y otros efectos procedentes de heréticas naciones.

Aseguraba, en efecto, Moyen que no debía temerse a Dios, en el sentido que esa palabra (craindre) tiene en francés, en cuyo idioma implica la idea del terror o del miedo inminente y activo que padece el alma. Tal opinión puso fuera de si al gallego de Redondela, y comenzó a citar sus testos al hereje, concluyendo por aquello que Dios dijo a Santa Teresa: Teme mi ira! a lo que el francés contestó: Pataratas!

Este último atrevimiento agotó la paciencia del gallego, y en un rapto de ira anunció a Moyen que lo acusaría a la Inquisición, suplicando a
mismo tiempo a Alvarado que no continuase sus chanzas, por el contagio de los criados. «Ah! señores, les dijo Moyen al dar fin a aquel debate (que tenía lugar en el sitio llamado el Volcán, a 10 leguas de Jujuy) si ustedes leyesen los libros escritos en el idioma francés que yo he leído, qué bien se desengancharían ustedes!» Observáronle a esto sus interpelantes que tales libros no corrian porque estaban prohibidos por la Inquisición, i aquí cerró el punto Moyen con una tremenda filipica contra la Inquisición de Lisboa, cuyos horrores habria sin duda tenido ocasión de conocer. Tan lejos estaba de imaginar que aquellas i otras proposiciones o herejías, le costarian una vida entera de suplicios, decretados por ese mismo abominable tribunal!

Algunas jornadas mas adelante las herejias de Moyen sobre el temor de Dios adquirieron mayor gravedad por la suspicacia i la felonía de su escondido delator. Habiendo llegado a Santiago de Cotagaita convidó en efecto Soto a Moyen a hacer una visita al cura don Juan Antonio León; i encontrando allí, citado a prevencion al padre franciscano fraí Juan de Mata, comensaron ambos, auxiliados del teólogo de Redondela, a argumentarle sobre aquella tesis que, si para los eclesiásticos era de puro dogma, para Moyen era solo de gramática o mas bien de diccionario, por la significacion que le atribuia...

Sea como quiera, el candoroso francés emitió su opiniones con sus acostumbrada desenvoltura, i cuando ya los dos religiosos formaron su concepto, Soto suplicó a Moyen fuera a traer su cartera de dibujos para entretener al cura. Su objeto con este ardid era únicamente consultar a solas la opinion de aquel i del fraile sobre la na-
turaleza de las herejías del extranjero, i en conse-
cuencia, ambos acordes, le informaron «que
sentían era sectario; no se acuerda (dice Soto en
una de sus denuncias) si calvinista o luterano u
otro hereciarca.» El franciscano además reco-
mendó al último, que en el acto de llegar a Po-
tosí denunciase al hereciarca al comisario de la
Inquisición, prometiéndole que él haría otro
tanto en un próximo viaje que meditaba em-
prender a aquella ciudad.

Seguro ya el delator de Redondela con la opi-
nión del cura de Cotagaita de que iba en compa-
nía de un judío, anotaba cada una de sus pala-
bras como otras tantas herejías. Una noche, en
que acampados al ras del cielo contemplaban
los viajeros la inmensidad de las estrellas, dijo
Moyen, por ejemplo, que en su concepto aquellos
mundos eran superfluos. De aquí una herejía
formal que iba a figurar en primera línea en la
acta de acusación del Santo Oficio.

Otra vez, al pasar delante de una cruz de pie-
dra que había en el camino, ocurriósele a Moyen
decir que la verdadera cruz digna de la adoración
de los cristianos era la que había servido a la
crucifixión de Jesucristo, siendo las otras sim-
plemente símbolos de aquella. Otra delación, otra
herejía, otra proposición, de las cuarenta i siete
que al fiu sus denunciantes, sus jueces, sus fisca-
les i sus verdugos fraguaron contra él.

Mas adelante dijo un día el francés con ínfulas
de teólogo i de gramático, que en el Ave María
debía decirse: «el Señor fué contigo i no el Señor
es contigo». Cuestión simplemente de lenguaje
que fué calificada mas tarde de herejía atroz
ofensiva a la Santísima Virgen.

Hablando en otra ocasión de los gentiles (de
los indios idólatras de América tal vez) Moyen, que sabía de memoria este hermoso verso de Voltaire:

Vous qui Dieu fit naître aux portes du soleil
Vous serez donc aux flammes condamnés
Por n'avoir sú qu'autre fois
*Le fils d'un charpentier expiré sur un bois?*

esclamó: «Dura cosa es que se condenen tantos millones de hombres por no haber sabido que murió por ellos el hijo del carpintero!» (1) Y de aquí otra herejía.

Pero Moyen había leído para su desventura no solo a Voltaire. Sabía también algunas de las admirables sátiras de Boileau contra el desenfrenado lujo del clero de su época, y a este propósito, cuando reprochaba al diácono de Salta la riqueza de su montura recamada de plata, que aquel por vanidad le iba mostrando, él a su vez con malicia o sin ella iba acaso repitiendo:

On ne vois aujourd'hui que de gens de mitre et de [cresses
Rouler des superbes carrosses
Quand autre fois l'Eternel
Ne monta qu'une annesse dans un jeur solennel. (2)

(1) El verso de Voltaire, tal cual lo trascribimos, lo citó mas tarde Moyen en su defensa, si se ve que al hablar del *hijo del carpintero*, no empleó, como el poeta, sino una figura de retórica tan corriente hoy día, que la usarian sin escrúpulos los mismos alumnos del seminario, o de los jesuitas.

(2) Verso citado también en su defensa por Moyen.
Pero no paraba en esto la continua e implacable acechanza del voluntario de la Inquisición. En cierta noche oscura un arreriero maltrataba con brutalidad una mula que se había caído en el camino, agobiada talvez por el peso de su carga, i Moyen, que indudablemente tenía un corazón bien puesto, reprochó al jayan su dureza, diciéndole: ¿qué cómo se atrevía a maltratar así una criatura de Dios? Blasfemia, herejía, proposición, en fin, fué esta que remató el proceso de Moyen, acusado por esto de pietégórico i otros absurdos imposibles de creer, como en su lugar veremos.

Por fin, i después de haber recojido esta serie de proposiciones heréticas i muchas otras hasta el número de cuarenta i cuatro, llegó la carabana a Potosí el 27 de Marzo de 1749, habiendo empleado los que venían de Buenos Aires más de cuatro meses en la travesía.

El desgraciado Moyen, al llegar a la villa imperial de Potosí, imajinábáse talvez que una vida nueva, llena de goces i de opulencia, comenzaría para él después de las fatigas. Entre tanto, su tenebroso perseguidor, apenas había dejado sus mulas en el corral e instalado sus fardos en los estantes de su tienda, corrió a casa del comisario de la Inquisición, que lo era interinamente el propio cura de la iglesia matriz de Potosí, doctor don José de Lizarazu, Beaumont i Navarra, etc., etc., i presentó por escrito su primer inicuo denuncio. Tuvo esto lugar en la noche del 29 de Marzo de 1749, i ya hemos dicho que la carabana de Buenos Aires había llegado a Potosí solo dos días antes.

Comienza aquí el atroz drama de la persecución i martirio de Moyen.Mas, a fin de que se
comprendan bajo su verdadera luz los procedimientos de la Inquisición, y pueda aplicárseles a todos y a cada uno la medida del panejírico del señor prebendado Saavedra, hácese indispensable interrumpir con una breve pausa la hilación del argumento personal, a fin de dar a conocer lo que era a la sazón el Santo Oficio en las Américas.

II

En la época en que la Inquisición abría sus puertas a Francisco Moyen (Mayo de 1749) tocaba aquella los primeros dinteles de su decadencia.

Ya estaban lejanos los tiempos en que Felipe II celebraba en Toledo sus bodas con Isabel de Valois, siendo sus antorchas nupciales las llamas del Quemadero (1560), y aquellos no menos ominosos en que uno de sus nietos (Felipe IV en 1632) hacía a su novia, Isabel de Borbón, el presente de ciento dieziocho penitenciados, de los que diezinueve eran quemados vivos en su presencia y de toda la corte.

La casa de Borbón, poltrona y soñolienta, había llevado al trono, sino la clemencia, la pereza de las crueldades; y las hogueras de los reyes austriacos, eternamente encendidas, comenzaron a extinguirse por sí solas.

El hijo de Carlos V había quemado por odio, por conciencia, por codicia, porque su corazón mismo era un fizer de fuego revolcado en el fango de inmundas pasiones; pero el nieto de Luisa XIV, fundador de la nueva dinastía, si había quemado a su vez durante su reinado de cuarenta y seis años más de mil quinientos here-
jes, lo había hecho porque, aun cuando la Inquisición le fuese odiosa, como lo hace ver el más serio de los historiadores españoles, convenía así a los planes de su política, dirijidos todos a asegurar su trono recién habido de regalo. Aunque parisíense, sabía el Borbón que al pueblo español le gustaban de la misma manera las corridas de toros y los autos de fe, y por esto hizo celebrar durante su gobierno no menos de setecientos ochenta y dos de los últimos.

Pero bajo el blando dominio de su sucesor el tético Fernando VI (en cuyo reinado—1746-59—tenían lugar los sucesos que narramos) los seídes del depotismo, disfrazados con la impostura de su amor a Dios, habían comenzado a perder, junto con el apoyo réjio, su tremendo prestigio popular. En los once años en que aquel príncipe arrastró su lánguida vida, de miedo, de amor íde música, solo hubo treinta y cuatro autos de fe, y apenas diez herejes fueron quemados vivos.

Igual descenso se había observado en los registros de los grandes inquisidores. Andrés de Orbe, arzobispo de Valencia, había penitenciado durante un período de siete años (1753-40) 1,785 herejes; Manrique de Lara, arzobispo de Santiago, en tres años (1742-45) alcanzó hasta 1,020. Pero Francisco Pérez de Prado, obispo de Ternel, que comenzó su término y lo concluyó junto con Fernando VI (1746-59) i bajo cuya suprema jurisdicción iba a caer el desgraciado Moyen, solo llevó a sus autos de fe 122 penitenciados, de los que únicamente diez fueron quemados vivos y cinco en estatuas; menos de uno por año.

Muy lejanos hallabanse, pues, según decíamos, los tiempos en que un solo inquisidor (Tomas de
Torquemada) echaba vivos a la hoguera, durante los dieciocho años de su inauguración, 8,800 herejes, al paso que el número de los quemados en estatua alcanzaba 1,500 y el de los penitenciados ordinarios llegaba a 90,000, siendo 105,294 la cifra total de las víctimas de aquel horrible monstruo, que solo por afrenta a Dios pudo llamarse ministro de su culto (1).

Por otra parte, la Inquisición de Lima, de la que directamente iba a depender el proceso de Moyen, se hallaba comprometida a la sazón en graves juicios de residencia, en los que sus ministros se acusaban mutuamente de ladrones (i a la verdad que lo eran!), al propio tiempo que el ilustre conde de Superunda, a pesar de la benignidad de su carácter, unida a una acrisolada rectitud, domenaba su insolencia, conteniendo sus desmanes para con la sociedad civil y el trono, según en su lugar hemos de ver.

No iba, por consiguiente, a llegar la desventura de Moyen hasta la hoguera, que ya estaba casi del todo suprimida, precisamente en la época en que por todas partes, y especialmente en Francia, levantaba su cabeza la herejía, lo que prueba la eficacia que había alcanzado la institución tan preconizada de útil, justa, racional y santa por un

(1) Segun el cómputo de Llorente, secretario de la Inquisición española, ésta hizo en los 317 años que duró su imperio (1481-1808) trescientas cuarenta y un mil doscientas veintiuna víctimas, i según Torres del Castillo, trescientas cincuenta y seis mil seiscentas cincuenta i muere.

El historiador francés de la Inquisición, Leonardo Gallois, hace subir el número de las víctimas de la inquisición española a cinco millones de hombres.
prebendado de Chile, donde nunca la hubo, gracias a nuestros mayores.

Volvemos ahora a la interrumpida narración del proceso del heresiarca de Potosí.

III

Como todo lo que no era horrible en el Santo Oficio era infame, comenzaba por una delación así como concluía en una pira. Un hombre, que por aquel solo acto se hacía vil, se acercaba a otro hombre revestido de misterios, i allí, entre ambo3, a solas, ocultos, jurándose mutuamente el mas inviolable sijilo, maquinaban la perdición de un tercer hombre, de una familia, de toda una raza, i a mansalva, sin responsabilidad, sin remordimiento, de una manera cobarde i anónima, consumaban su ruina con aquella perversidad aquel codicioso disimulo, aquella horrible impunidad que tanto escandalizaba 4 alma recta de Pascal i a sus amigos. Cuántas venganzas secretas i terribles, cuántos asesinatos en que no intervenia el puñal sino la tea, cuántos i largos años de sombría cautividad de un esposo, de un padre, de un rival dueño de codiciadas beldades, cuántas fortunas arrebatadas a la horfandad, cuántas intrigas tenebrosas suscitadas en los interiores del hogar por aquel poder sijilosos i sobrenatural, para el que no había paredes, ni servidumbre, ni hijos, i que ni Dios mismo podía proteger contra el mandato de esa especie de mostruo subterráneo que se llamaba el Santo Oficio! Los reyes vendían letras de marcas para encerrar en sus calabozos al que por dinero quisiera ejecutar una venganza. La Inquisición procedía de otra suerte, i ofrecía mas garantías a
los inícuos o a los especuladores. Daba de valde sus mandamientos de prision, que nadie era osado de desobedecer; mas como se hacía pagar por la misma víctima, resultaba que se enriquecía más aprisa a sí propia, beneficiando a la vez a sus esbirros y a sus delatores.

Dejamos ya dicho que el empecinado gallego de Redondela había hecho su primer denuncio al comisario de Potosí en la noche del 29 de Marzo de 1749, i desde esa ocasión había seguido compareciendo con cortos intervalos a casa del comisario para adelantar la secreta sumaria, cuya sustancia era contenida en los cargos de herejía que dejamos apuntados, pues son las revelaciones de Soto las que principalmente nos han guiado en esta parte del voluminoso proceso.

A la par con Soto comenzaron a deponer, siempre en el mas profundo secreto, todos los testigos que él iba señalando. Uno de los mas tardios, acaso por compasion, acaso por hidalguía de alma, fúe el correjidor de Porco, don Diego de Alvarado, el chistoso camarada de Moyen desde su partida de Buenos Aires, i que solo por inocente pasatiempo le "tiraba la lengua" (es-presión del mismo reo en su proceso), bien ajenamente ciertamente de que sus chanzas le llevarían a una eterna mazmorra.

Solo cuando Soto había presentado ya sus denuncios, en el curso de un mes, compareció Alvarado (el 1.º de Mayo) a hacer la suya. Una semana después (el 8 de Mayo) elevó la que a él correspondía el teólogo don Bernardo de Rosas, de quien dijimos había sido compañero de Moyen en su último viaje de Lisboa a Rio Janeiro.

I aquella era la organización preconizada de admirable, del circunspecto, del Santo Tribunal.
que, si bien a título de guardar incólume la fe del cristianismo, imponía severas e fecundas penas, al punto de convertir el cadáver en absolución, «no usó, sin embargo, según el señor prebendado de Santiago, aquella policía secreta que espía todos los pasos del ciudadano, que tiene agentes en todas partes y que se introduce hasta en el hogar doméstico.»

Llovieron entonces las denuncias de todos cuantos habían visto pasar al hereje por su puerta, de cuantos tenían noticia de oídas del judío. Era éste uno de los mas odiosos caracteres de la Inquisición: el contagio del terror. Como en los días de epidemia todos creen sentirse poseídos por los síntomas fatales, (comparación que tomamos de la incomparable Ojeado), así el pavor de la complicidad con el reo del Santo Oficio se comunicaba a los corazones de cuantos le conocían, de cuantos le habían dirigido alguna vez la palabra, de cuantos habían oído siquiera el nombre de la víctima. Por esto, i como Moyen se hallaba recién llegado, la mayor parte de las declaraciones eran de oídas, razón empero que no impedía a los testigos ratificar sus deposiciones bajo juramento i ad perpetuam. Tan grande fué, por esto el número de los aleves comedidos, que en pocos días el sumario engrosó hasta formar un cuaderno de doscientas páginas en folio!

En este estado se pasó a los dos consultores del comisario del Santo Oficio en Potosí, cuyos nombres omitimos copiar en nuestras apuntaciones, bastándonos con saber que eran eclesiásticos. Ambos estuvieron de acuerdo en que se hacía preciso proceder a la inmediata aprehensión del acusado, manifestándose solo discordes en
que uno pedía las rejas en español y el otro en el idioma de los santos padres.

Necesitábase también, según las constituciones de la Inquisicion, la consulta prévia del arzobispo de la Plata; pero la impaciencia del Santo Oficio de Potosí no daba aquella espera, i aunque es cierto que el prelado opinó también por la prisión del reo, vino a dar su dictámen en Chuquisaca, (Mayo 20) cuando Moyen hacia ya una semana que estaba aherrojado en Potosí.

El 14 de Mayo de 1749, cuando iban a cumplirse dos meses de la residencia del infeliz Moyen en Potosí, el comisario Lizarazu, Beaumont i Navarra espedita, en consecuencia de lo que llevamos dicho, su auto definitivo de prisión, que por sus peculiaridades imperativas de forma, insertamos íntegro en seguida.

Dice así con su testual ortografía, la misma que conservaremos a todas las piezas del proceso de Moyen que hayamos de traer a colación:

«Nos el Doctor Joseph de Lizarazu Beaumont i Navarra, Cura Rector propio mas antiguo dela Santa Iglesia Matriz de esta Villa i Comisario de él enella i Jurisdizion de su Distrito por avsencias i enfermedades del propietario, por los Mui Iltes. Señores Inquisidores Apostólicos que residen en la Ciudad de los Reyes del Perú; Manda-mos a vos Don Bernardo Barragan Alguazil deeste Santo Oficio que luego que éste manda-miento voz fuere entregado, vais a la casa del Coronel Don Antonio Rodriguez de Gusman o a otras qualesquiera partes, quefuere, o pareciere necesario dentro o fuera de esta Villa, i aprendais el cuerpo de Don Francisco Moyen, natural de Paríz de franzia, i residente enesta Villa donde quiera que lo hallaredes, avn quesea enIgre-
sia, o otro lugar sagrado, fuerte, o previlegiado, yasipreso, abuen recaudo lo llevad, ala Carzel publica deesta dicha Villa, ilo entregad al Alcaide Alguazil mayor deella, alqual mandamos lo-rreciva devoz, por Ante el Notario deeste Santo Oficio, i lotenga preso, yal dicho buen recaudo, i no le deé suelto, nienfiado, sin nuestra licenzía i mandato. Yhareis que el dho Don Francisco Moyen dexe en Sus Vienes el recaudo que con-viene para la buena conservazion, ignarda deellos, encargandolos alapersona que el quisie-re, i porbién tubiere por inventario quese hara por Anté el Notario deeste santo oficio paraque deellos se pueda alimentar. I si para ejecutar i cumplir lo contenido eneste nuestro mandamen-to, tubiceredes necesidad defavor, yaiuda, exortamos i rrequerimos, i si es necesario, en virtud de santa ovediencia, i so pena de escocomunion mayor late sententie, trina, canonica mo-nitioni, premisa, i de millpesos ensayados para los gastos extraordinarios del Santo Oficio, man-damos, a todos, i qualesquiera jueces i justizias así eclesiàsticas, como seglares de la villa qualesquiera lugares delos reinos i señorios de Su Majestad, quesiendo por voz requeridos osden, i hagan dartodo el favor yaiuda que les pidieredes, i hubieredes menester i los hombres de guarda i béstias para llebar al susodicho, i cama i ropa, las prisiones i los mantenimientos dequetuvieredes nezesidad alos precios corrientes que valie-
ren sin losmasencarezer. Fecho en la Villa Imperial de Potosí en catorce del mes de Mayo del año demill siete cientos quarenta y nueve.

Joseph de Lizarrazu Beamont i Navarra.

Por mandado del Santo Oficio.

Manuel Antonio Galvete i Varela.

(Familiar i notario del Santo Oficio.)

IV

Entre tanto, i mientras el alguacil del Santo-Oficio salía en busca de Moyen, llevando el terrible mandamiento escondido bajo los pliegues de su capa, el incauto forastero pasaba alegre la vida entre sus dibujos y sus duelos, sus estudios teológicos y sus amores.

Habíase hospedado el turbulento i laborioso francés en la coronada villa a virtud talvez de sus relaciones con el conde de las Torres, en cuyo seguimiento iba, bajo el honroso techo del coronel don Antonio Rodriguez de Guzman, según reza el mandamiento de prisión que acabamos de citar, i allí, fuera de sus ratos de pasatiempo i de vanidad, aquel hombre de ingenio vivo i fecundo, vivía entregado a estudios tan variados como serios.

En lo que Moyen se ostentaba a la verdad más jenunadamente francés, mas esencialmente parisiense, era en la multiplicidad de sus conocimientos, en su despejo para acometer todo género de estudios i en su admirable inteligencia para dominarlos. Ya habrá podido verse que todas sus proposiciones heréticas estaban fundadas en un no despreciable caudal de variados conoci-
mientos teológicos, de filosofía, de historia y aun de física y poesía, y de ellos le veremos dar mas adelante pruebas verdaderamente singulares. Fuerza de su familiaridad con las artes, «i de su distinguida familiaridad para pintar,» según atestiguaba el comisario en el proceso, gustábale el estudio de la medicina, de las matemáticas i de las cuestiones de la filosofía del siglo, ciencia que para su mal iba a perderle, había puesto tan a la moda. Ocupábase tambien de levantar el plano de la ciudad i tomar vistas de sus principales sitios, por lo que hubieron de acusarle, ademas de hereje, de traidor a la corona, «como si Potosí hubiese sido una plaza de guerra, decía el mismo Moyen en su defensa, i como si el rei de Francia estuviese en guerra con su primo el rei de España.»

Moyen, aunque violento i fogoso, i no decimos bravo porque ya hemos dicho era francés, no opuso ninguna resistencia al auto de la Inquisicion i se dejó conducir a un calabozo, que si no era el especial del Santo Oficio, por no tenerlo en aquel punto, nos inclinamos a creer estuviese situado dentro de los muros de la cárcel pública, según se deja ver por el mandamiento de prisión.

Durante los primeros dias se le mantuvo en la mas estricta incomunicacion, a fin de evitar el contagio de su herejía, el comisario del Santo Tribunal espidió cuatro autos sucesivos prohibiendo todo acceso a su persona, bajo la pena de escomunión ipso facto i una multa de mil pesos. Ambas conminaciones eran sin embargo innecesarias. Un hereje en esos tiempos era peor que un leproso: todos huían de su presencia poseídos de un santo terror.

Mas cuando el proceso se hallaba suficiente
mente adelantado (sin que Moyen tuviese noticia ni sospecha siquiera de su existencia), le permitieron comunicarse con algunas personas, que después de la alegría de sus visitas, iban a aumentar la alegría de los denuncios.

Fueron los mas asiduos entre estos miserables, el hijo de un boticario del pueblo que se complacía en ir a argumentar con el prisionero sobre el eterno tema del sesto mandamiento y otras proposiciones del hereje, que era la gran novedad del tiempo. Mas, cansado un día Moyen de las impertinencias de aquel majadero, preguntóle qué entendía por herejes, i el intruso aprendiz de farmacéutico le contestó, como le habrian contestado acaso muchos farmacéuticos de nuestros días: «que herejes eran los ingleses, porque no creían en el Evanjelio, i que los franceses tampoco eran cristianos, porque no rezaban el rosario que la virgen había dado de sus manos a Santo Domingo.».

Otro de los argumentos de Moyen con el hijo del boticario era el de la bula de la cruzada.— Preguntábale aquel al mozo si era pecado el comer carne en los días prohibidos, i a la vez si la bula para comer sin pecar se compraba con dinero. I como el palurdo contestase en ambos casos afirmativamente, Moyen lo encerraba en este siloquismo sin salida: «Si comer carne es ofender a Dios, comprar la licencia de comer la dicha carne, es comprar la licencia de ofender a Dios».

Concluyó aquella polémica, sin embargo, de una manera menos cortes que teológica, pues un día en que Moyen se hallaba de mal humor i enfermo, echó al dialéctico de su presencia, amenazándole con que le iría mal si otra vez volvía a presentársele.
Otro de los pérfidos i de los importunos del calabozo del Potosí era un fraile franciscano, síndico de su convento, que tenía también a placer ir a provocar la siempre suelta lengua del atolondrado parisiense, ya sobre el mandamiento que ménos le incumbía después de sus votos, ya disputando sobre la presencia real o sustancial en en la eucaristía. Un día encontróse el fraile con Alvarado en la celda de Moyen, i allí, contaba el mismo reo más tarde en sus confesiones ante los Inquisidores de Lima, pasó en el espacio de una hora u hora y media tocando el violin i bebiendo aguardiente con los circustantes, teniendo este confesante (Moyen) la cabeza bien caliente; aunque no enteramente privado.

Aunque vulgar i casi grosero, tiene este incidente una grave importancia en este proceso, i por esto lo hemos apuntado; porque sucedió que el fraile escribió un opúsculo refutando las teorías de Moyen sobre la eucaristía; envió sus manuscritos a Madrid, i cuando volvieron éstos impresos a las Indias, muchos años mas tarde, hallándose preso Moyen en las cárcel de la Inquisición de Lima, vino a tener el último las primeras sospechas de que sus conversaciones con aquel fraile pudiesen ser parte, si no la causa motriz de sus padecimientos.

Y tal, sin embargo, fué la verdad; tan horrible era aquel secreto de bronce con que la dulce Inquisición, «que se rodeó de precauciones para garantir la inocencia de los acusados,» guardaba dentro de sus mazmorras de fierro y de granito el alma y el cuerpo de sus víctimas! «Me calumnia también en España, (decía en efecto el infeliz y atónito Moyen en una de las apuntaciones para su defensa en años posteriores y aludiendo-
a la publicación del franciscano, llegada entonces por algún acaso a sus manos,) me calumnia un religioso, sin fundamento, sino una leger relación, y de la parte de un Seguño Inocente; y sin Esperar la definición de los Illtres. Sres. Inquisidores, se adelantó a me publicar por un hombre Erege, un hombre indigno, comparándome a este miserable atavelpa, y otro se me jante; y no Satisfaito de esto todavía, me hase Conoscer como un traidor de la Corona, respeto ha aquella mapa del Sero que hasia; cómo si potozi sería una Ciudad de guerra, y que los primos, esterian en guerra uno con otro: pues Sor Doctor Si un religioso Caritativo, y missione ro y sin me conosser, me trata deste Suerte, Solo por ser El gallego, E yo franeze; que sera lo que puede esperar de mi destino en esta vida?

A este mismo fin, por descargarse de la responsabilidad que los denunciadores del fraile sínico podían acarrearle, iban dirijidas las revelaciones que hacia Moyen a sus jueces sobre el estado de su cabeza caliente, cuando, apurando copas, disputaba con su hipócrita delator sobre los augustos sacramentos. Todo esto consta minuciosamente del proceso; pero lo que éste no dice es si era el fraile o el hijo del boticario quienes proporcionaban el hereje el alcohol que vaporizaba sus ideas i daba soltura a su lengua, i en seguida pábulo a los villanos denuncios.

Entre tanto, la situación de Moyen no podía ser más desventurada. Mientras su alma padecía todas las torturas de la duda, sin acertar a esplícarse cómo le habría sobrevenido su desgracia, su físico se hallaba sometido a no menos duros tormentos. Moyen era por naturaleza epileptico i sufría con frecuencia los más horribles accesos.
Pero ¿qué importaba esto a sus carceleros? Al fin era hereje, y la epilepsia tal vez no era sino un
un síntoma de que aquella alma se hallaba, como lade la Cármen Marin, poseida del demonio! Manteníanle, pues, en una celda oscura, en aquel clima ríjido, cargado de grillos y sin más arbi-
trios para proporcionarse vestidos y alimentos
que los de su propio trabajo, porque, o la Inquisi-
sición en Potosí no tenía rentas, o ya el mineral,
que en otro tiempo debió ofrecerle copiosa mires
de herejías y doblones, se encontraba en decadenc-
ia. Verdad era que consentían de tarde en tarde
en su celda la presencia de alguna visita, pero ésta casi siempre era la de un nuevo delator; ver-
dad es que le proporcionaban aguardiente, pero acaso no estaría la última destinada a producir
durante la sumaría un efecto semejante a la
mordaza en el castigo? Así, a lo menos, colijese
de las propias confesiones de la desgraciada víc-
tima.
Aunque el sistema penal de la Inquisición, según
el señor prebendado Saavedra y los críticos de su
obra, era de los mas dulces, la vida de Moyen se
deslizaba en una no interrumpida tortura. Lo
que más le desesperaba, tal vez a causa del mal
clónico que le afligía, eran las cadenas que lo
oprimían, y por esto, invocando la mansedumbre
de Jesucristo, pedía a sus jueces superiores, los
Inquisidores de Lima, que le quitasen, los grillos,
cuando hacía ya siete meses que le tenían ahe-
rrojado. «Me puedo llamar (les decía en su dia-
lecto galo portugués español) des de la misma tropo
De las obecas: Jesucristo no li puso grillos a los
pies; sobre las espaldas la truxo adonde estaba las otras.»
Vanos eran, empero, sus clamores. La dulce
Inquisición jamás tuvo piedad, porque jamás tuvo corazón. Su alma era la codicia; su espíritu el fanatismo; la tortura y la muerte el único paso tiempo que alteraba la negra monotonía de la vida de sus atrcés verdugos.

Había pasado, en efecto, un año y el infeliz Moyen clamaba al menos por que se le dijese la causa de su prisión, que él solo columbraba por sospechas.

«Si je suis arrêté, escribía en su propia lengua a los inquisidores de Lima el 12 de Mayo de 1750, cuando faltaban solo dos días para completar el primer año de su duro encierro, para avoir eu conversations en matière de religion, je ne sarais pas que c'était défendu. Je suspís, añadía con la humildad más profunda, le conseil de l’Inquisition de me regarder en pitié, et comme je ne demande point d’autre grâce que la justice, qu’elle me disse le suplice que je mérite, je serais mon propre bourreau.»

Al decir la última frase, Moyen no engañaba a sus verdugos, pues un día en que el escribano del cabildo de Potosí, a título de secuestro, quiso arrebatale su violín, arrastrado por una desesperación que aquellos villanos no podían comprender, intentó quitarse la vida atravesándose el estómago con una navaja. Tal era el dulce sistema penal y el evanjélico desinterés de la Inquisición! I esto que sucedía cuando ya su ferocidad, que había provocado el horror del mundo, se encontraba en pleno decaimiento. Cuáles entonces habrían sido las dulzuras del sistema antiguo?

El proceso, en manos del comisario, se arrastraba entre tanto con una desesperante lentitud. Solo el 9 de Junio de 1749 había participado a
sus jefes la captura de Moyen, y había tardado no menos de medio año en enviarles, para los efectos de la previa calificación de proposiciones: la primera copia del sumario.

En consecuencia, solo cuando transcurrió un año cabal del arresto de Moyen, vino a sustanciarse el proceso, poniéndose en transparencia, pero sin la menor noticia ni intervención del reo, lo que podía llamarse el cuerpo del delito, es decir, las proposiciones heréticas del acusado, que éste mismo ignoraba o no recordaba haber proferido. En los días 9, 11 y 12 de Mayo de 1750 ocupóse en efecto el Santo Tribunal de Lima en condensar las denuncias del proceso junto con los oficios acusadores de su comisario en el Alto Perú; y con el auxilio del alambrique de la teología, esprimieron aquellos graves i doctos varones no menos de cuarenta y cuatro proposiciones heréticas, algunas de las que conocen ya nuestros lectores i cuyo conjunto espondremos mas adelante en su lenguaje propio, cuando hayamos entrado en la plenitud del juicio.

A virtud, pues, de aquel juicio previo, o como debiera llamarse en términos legales, de aquel prejuzgamiento escandaloso, ejecutado en secreto, a quinientas leguas de distancia, sin notificación alguna judicial, ni aviso, ni sospecha del supuesto delicuente (todo lo que por supuesto entraba en las fórmulas protectoras de la inocencia que empleaba el Santo Oficio), espidió éste un auto para que el reo fuese traído a su presencia, y en consecuencia, dando cumplimiento a órdenes trasmitidas desde Lima por el conde de Superunda, virei del Perú, dispuso el comisario de Potosí, con fecha 12 de Julio de 1750, que Moyen fuese conducido con buena custodia.
gándose sucesivamente su persona a los diversos correjidores de la larga ruta que media entre Potosí i Lima, pues así lo tenía dispuesto el Santo Oficio i por su mandado el brazo secular.

Aquel viaje de quinientas leguas duró cerca de dos años i fué una verdadera via crucis para el infeliz penitenciado. Su larga prisión había quebrantado de tal manera su robusta salud, que la dolencia epiléptica que le aquejaba se había hecho un accidente consuetudinario de su existencia. En su viaje de Buenos Aires a Potosí, no aparece del proceso que sufriría una sola vez aquella horrible enfermedad; pero en su travesía a Lima, descubriese que la tuvo casi en cada jornada. El 22 de Noviembre de 1850 hallábase todavía en Chuquito, pueblo del Alto Perú, i desde allí escribía con aquella fecha a los Inquisidores «que entre cuatro hombres de los de su guardia no le podían sujetar en aquella melancolia». El corregidor de aquel distrito, don Pedro Miguel de Meneses, corroboraba en carta del 9 de Enero de 1751 la verdad del relato de Moyes, diciendo a los inquisidores que su reo había sufrido «un terrible tabardillo, que lo había tenido en las bocas del sepulcro», pero del cual se encontraba ya convaleciente, después de haber recibido los últimos sacramentos. Marchando en seguida a lentas jornadas la desgraciada víctima, se había detenido un mes en la Paz, dos meses en Puno, 15 días en Ayaviri, siempre experimentando su cruel achaque. Solo en Abril de 1751 había llegado al Cuzco, después de haberle asaltado la epilepsia en un mal paso del camino donde estuvo al perecer.

Interesóse por su suerte en aquella ciudad el abogado don Tomas de Lecaros, que debía ser
hombre de poderosa influencia, y haciéndose responsable de su seguridad, lo llevó hasta Arequipa con el objeto de que le curara allí algún facultativo competente.

No consiguió gran alivio en aquella ciudad el de todas suertes desventurado Moyen, i sobre su residencia en ella no consta otra circunstancia del proceso que la de la amistad que allí trabó con un sombrerero inglés llamado Guillermo, quien le diera consejos lleno de prudencia, es decir, de hipocresía, porque tal era el gran resultado social y religioso de propaganda por el terror, base fundamental de la Santa Inquisición.

De vuelta en el Cuzco en compañía de su protector, Moyen se había asilado en la aldea de Urco, 8 leguas distante de aquella ciudad, ignoramos si por motivos de salud o porque pretendiese sustraerse a la persecución de la terrible Hermandad encargada de vijilar cada uno de sus pasos. Pero es lo cierto que habiéndose reclamado su presencia en Lima en el término perentorio de dos meses, bajo la pena de escomunión mayor a quien lo estorbase, mandóle prender allí por medio de su notario el comisario del Cuzco, que lo era el chantre de su catedral don José Alvarez de Adriasola, «lo que se ejecutó, dice éste, puntualmente en medio de la resistencia que hizo el reo amenazando con puñal a dicho notario». Cuando los esbirros del Santo Oficio se apoderaron por la fuerza de Moyen, encontraron sobre su persona un cuaderno manuscrito de su letra con el siguiente título: *Filosofia de Epicteto o el Inquiridium*. Tres meses después, un fraile belemita que residía en el Cuzco, llamado Juan de San Miguel, escribía a su vez secretamente a los inquisidores que Moyen insistía
en sus doctrinas y las esparcía públicamente en el Cuzco. He aquí otro de los frutos de la sabia, de la justa, de la racional Inquisición. Aquel jó
ven lijero, aturdido, entusiasta solo por el arte i arrebatado de aquellas pasiones que son la triste herencia de la sangre, se había convertido, me
diante la corrección saludable del Santo Oficio, en un empecinado fanático, en un filósofo reacio i persistente, en fin, capaz de arrostrar el martirio por sus creencias. I ése i no otro podía ser el resultado, sobre las naturalezas ricas en fuerza moral i en dotes de inteliúcia, de aquella insti
tución atroz que tendía a comprimir entre te
uzas de fuego los mas grandes atributos de la criatura: el alma que siente i la conciencia que discierne.

Por fin, el 26 de Marzo de 1752 un capataz de mulas, llamado don Ventura Bejar entregó a Moyen en las puertas del Santo Oficio de Lima, despu
es de haber recibido 65 pesos por su con
ducción desde el Cuzco. El inquisidor Amuzqui
tar había ordenado que se le trajese con grillos i a sus espensas; pero felizmente la bárbara pro
videncia había llegado tarde. El penitenciado impenitente había salido de aquella ciudad con dos semanas de anterioridad (el 29 de Enero de 1752). Inmediatamente se le encerró bajo las ho
rribles bóvedas sitas en la plaza que lleva toda
tvia el nombre de Inquisición; i al propio tiempo, por inquirir talvez si traia consigo algo de valor, se hizo el inventario de su pobre equipaje i se le asignaron cinco reales para su manutencion.

Hacia por aquellos días tres años a que Fran
cisco Moyen había llegado a Potosí, jóven, festi
vo, batallador, lleno de talento e hirviendo en todas las pasiones de la galanteria. Era entonces,
según la descripción de sus propios camaradas «de proporcionada estatura, gordo, cari corto, de barba copiosa e negra, blanco, de nariz roma, labios gruesos, ojos grandes, vivos e azules, con una señal de cuchillada que le comprende toda la quijada hasta la estrechez de la boca.»

Pues bien: el hombre que tras de cuyos vagabundos pasos se cerraban ahora los cerrojos del Santo Ósicio, era solo la sombra de aquel robusto jovencito de veintiocho años. Emasiado, cadavérico, «con el pelo teñido de canas,» dice la escasa filiación que de él se apuntó en el proceso como partida de entrada, Moyen había vivido en tres años toda una vida de dolor! En la fuerza de la vida tenía ya todas las señales de una vejez nacida en el doble tormento de la carne e del espíritu, pues tales eran los inevitables frutos de la dulce Inquisición!

El encierro de Francisco Moyen en las cárcel de la Inquisución de Lima en el año tercero de su persecución, marca el punto medianero de esta narración i de su proceso. Comienza éste en su forma plenaria i da cabida apropiada a los documentos característicos de su instituto.

Pero antes de conducir al infeliz artista ante sus terribles jueces, será preciso digamos quiénes eran éstos i cómo habían llegado a establecer su sótano en la América.

V

No hai lugar para contar en este opúsculo cómo se fundó la Inquisición española; si fué por el fanatismo de la primera Isabel o por la codicia de su esposo Fernando de Aragon, a quien «bas-táble, según un historiador, la esperanza de au-
mentar sus riquezas con la confiscación;» ni nos cumple decir si el pueblo español, que mató a pedradas al inquisidor de Barcelona Pedro de Carideta y apuñaleó al inquisidor Arbués en Zaragoza, recibió o no de buen grado, como lo asegura el señor prebendado Saavedra, la creación de aquel tribunal monstruoso que cometía en nombre de Dios todos los horrores que antes habían estado encomendados solo al verdugo. Todo ese cúmulo de ciencia lo dejamos sin envidia al erudito prebendado autor del panejírico de la Inquisición y a los diez volúmenes microscópicos y los seis en folio en que Llorente y Torres del Castillo vaciaron la suya.

Bástenos saber que la Inquisición se mandó establecer en América por real cédula de Felipe II de 7 de Febrero de 1569, cuando hacía ochenta y ocho años que Sisto IV había dado a los reyes católicos el permiso de San Pedro para encender la primera hoguera. Creáronse en consecuencia las tres inquisiciones matrices de Méjico, Cartajena y Lima, a cuya última se asignó la jurisdicción de Chile. Un año más tarde, el 9 de Febrero de 1570, hacía su entrada solemne en Lima el primer inquisidor mayor, Servan de Cerezuela, revestido de toda la majestad que le daba la doble representación del Papa y del Rey.

La mies de fuego de los inquisidores de América iba a ser no obstante escasa; el quemadero se adornaría con sus galas solo en días señalados de festividad, para celebrar la entrada solemne de un virei, o para conmemorar las pascuas o el día de la virgen. Pero la cosecha del oro sería inmensa, inagotable, a virtud del santo derecho de despojo que se atribuían aquellos rapaces verdugos. ¿Por qué no? En la América no había he-
reyes. Su conquista reciente, i que ni aun hoy mismo está concluida, había sido llevada a cabo por la cruz tanto como por la espada. Los soldados de Pizarro i de Hurtado de Mendoza eran como los soldados de Tancredo i de Godofredo de Bouillon, i los unos i los otros entraban en pelea contra el musulman o el indio al grito de ¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!

Pero, en cambio, si no había incrédulos, abundaban los hombres de caudal, los que habían recogido el rescate de Atahualpa, los que habían jugado en un tiro de dado el sol macizo que cubría en el Cuzco el frontis del templo de aquel nombre.

Potosí se hallaba en lo más alto de su apogeo, y sus insaciables amos le habían dado, a trueque de sus reales quintos, el título de villa imperial i coronado. ¿Cómo entonces aquellos doctos varones habrían de estarse arrelenados bajo un solio de terciopelo verde, ociosos, soñolientos, sin tener un solo proceso que evacuar? Por qué ellos, que eran los más altos funcionarios de la corona i de la iglesia, dueños a mas de vidas i haciendas, no habían de participar de la opulencia general? Si el sombrío don Francisco de Toledo había hecho cortar la cabeza al archimillonario de Puno (Salcedo), que ofreciera, cuenta la tradición, empedrar con barras de plata las veredas de Lima, a trueque de su vida ¿por qué los inquisidores no habían de derretir en el Acho algunos de los millones acumulados por los comerciantes de la ciudad de los reyes, que por su pasmosa riqueza era entonces digna de su nombre?

En cuanto a Chile, era entonces diferente. De ahí no venía al virreinato sino un poco de
trigo para las panaderías de la costa, y un poco de sebo para iluminar por la noche sus calles y moradas; fué por esto, por esta salvadora pobreza del coloniaje, a la que debimos tantos bienes políticos e sociales, cuyos frutos solo hoi estamos palpando, que escapó nuestro suelo, sino de la afrenta del sambenito, del horror, al mémos de la pira.

De los veintinueve autos de fé que la Inquisición de Lima celebró en los doscientos cincuenta años de su existencia (1570-1820) fué, por lo que dejamos dicho el mas solemne, el mas famoso, el que celebró Juan de Mañosca el 23 de Enero de 1639, quemando doce mercaderes portugueses que resultaron ser (¡para coincidencia!) los mas acaudalados de Lima.

Uno solo de ellos, don Manuel Bautista Perez, dueño de la morada réjia que todavía se llama en Lima la casa de Pilatos (propiedad de la familia de Quiros) poseía por sí solo una fortuna que equivaldría hoi día a mas de un millón de pesos, i fué el secuestro de sus bienes entre sus deudores del comercio de Chile, lo que dio origen a los disturbios que se suscitaron en Santiago i en Coquimbo por los codiciosos alguaciles de los despojadores, según lo recordarán los que hayan leído otro de nuestros opúsculos sobre los salteces de la Inquisición americana. A otro de los quemados en aquel auto, el judaizante (pues así se llamaba a los portugueses cuando eran ricos), don Diego Lopez de Fonseca, le acusaron de que en el umbral de su tienda de comercio tenía enterrado un crucifijo debajo de una piedra, i añadian sus delatores que al que al entrar pisaba en ella, le vendía la mitad mas barato que a los otros...
Pero no era solo a los portugueses a los que los inquisidores se daban el placer de quemar para hacer a su rei heredeo de sus mediatos latrocinios. Cuando podían, robaban al mismo rei; y ya que no les era dable quemarle como en más de una ocasión está probado lo desearon, segregaban del real aporte todo cuanto era posible abarcar a su voracidad nunca saciada.

Llegó esto último a tal punto en la opulenta capital de los vireyes, que los inquisidores don Cristobal Calderón i don Diego de Unda fueron denunciados a la corte i a la suprema de Madrid, como estafadores conocidos i escandalosos de la corona, en el tiempo en que mandaba en el Perú el conde de Villa García i era inquisidor jeneral en España el arzobispo de Santiago don Manuel Isidoro Manrique de Lara (1740 a 45).

Vióse por esto obligado el último a enviar a Lima, en calidad de visitador i revestido de sus plenos poderes, nada menos que a uno de los tres consejeros de la suprema, don Antonio de Arenaza, a quien veremos figurar en la calificación del proceso de Moyen (1750).—«Pero, aunque se tuvo por cierto, dice el ilustre Manso en su Memoria al rei hablando de estos escándalos, haber ocultado sus caudales (los de la Inquisicion), ninguna diligencias fueron suficientes i toda la eficacia del visitador solo produjo la formación de muchos cuadernos de autos».

Pero ello es lo cierto que Calderón i Unda fueron separados de sus destinos por ladrones, i que de los bienes confiscados al último para resarcir al Santo Oficio de sus latrocinios, existian todavía en la época de la primera supresión del Santo Oficio (1813) una suma de 2,047 pesos de
las alhajas que en aquella época (1740) le fueron confiscadas.

En cuanto a Calderón, retiróse (después de haber prestado conjuntamente con su colega una fianza de cincuenta mil pesos) a una de sus haciendas y «el negocio se quedó en los mismos términos, dice el virei Manso, por entonces, porque no se venció otro incidente, que consistía en el modo de asistir el oidor decano, que pretendía lo admitiesen con capa i sombrero, i la Inquisición que había de entrar (a su acuerdo) en toga i con gorra, empeñándose cada uno en sostener su dictamen, como si fuera la materia más grave».

Tal era la condición del Santo Oficio cuando el desventurado Moyen llegaba reo a sus bóvedas. La corrupción del alto clero, de cuyo seno iban a salir sus jueces con el pomposo título de calificadores del Santo Oficio, tan codiciado entonces entre la junte de cogulla i de manteo, corria a la par con la de sus inmediatos carceleros. «El estado eclesiástico del Perú, dicen dos hombres altamente justificados que residían en Lima precisamente en esa época, i escrutaban sus escándalos por encargos supremos, debe dividirse en secular i regular: uno i otro vive tan licenciosamente, con tanto escándalo i tan a su voluntariedad, que aunque hai flaquezas en todos los hombres i en todos los países, i yerros de frágil naturaleza en los habitantes del Perú, no parece sino que es instituto peculiar de aquellos eclesiásticos, el sobresalir a todos los demás en las pervertidas costumbres de su desarreglada vida.»

I aquellos eran los hombres que iban a levantar proceso i a mantener años tras años atado a una cadena a un hombre, racional, inteligente i cristiano, porque había dicho que una mula era
una criatura de Dios i porque había cambiado ef
es de la ave maria, por el in dos de la gramática! Santo Dios! Tal era la corte infame a la que un
honrado, un virtuoso sacerdote chileno erige alt
tares de justificacion, qué digo? cubrele de in
ciensos i de flores para purificarla del vilipendio
de añejas calumnias por nosotros conservadas!

VI

Al interrumpir la relacion de las peripecias
personales de Francisco Moyen, decíamos que el
27 de Marzo de 1752 había sido entregado al al
caide de las cárceles secretas de la Inquisicion.
Un mes después (el 4 de Mayo) comenzaba su
verdadero juicio ante el Santo Tribunal. Los tres
años que llevaba corridos de martirio no habían
sido sino meros preliminares sobre la delacion i
el envio judicial de su persona a sus jueces le
jítimos i superiores. Breve iniciativa de un supli
cio eterno que para nada tendríanla en cuenta ní
sus carceleros ní sus jueces!

Entramos aquí en la parte mas grave, mas ca
racterística i mas terrible de este negro episodio
de la historia de nuestra civilizacion como pue
blo politico i como comunidad cristiana. Es por
lo tanto la mas interesante para nosotros, que
entonces, social i politicamente, no éramos sino
un humilde apéndice del Perú, una especie de
potrero i de presidio de la corte vice real.

En la cuestion actual, en el debate que soste
nemos con el ilustrado autor de la apologia de la
Inquisicion, es este tambien el punto esencial i
como tal lo encomendamos, quisiéramos decir a
su recto criterio, si no fuera que por obligar la
cortesia atribuirmos, al indisputable talento de-
nuestro contendor, el atributo que precisamente habría de costarnos más el concederle. Nos limitamos pues a recomendarlo a sus conocimientos en cánones e en teología, que así como su virtud personal, nos han sido muchas veces presentados como merecedores de distinguido aprecio.

Otra explicación más sobre el fondo del proceso.

Por lo mismo que este es en sí tan variado, tan profundo a veces, tan fácil otras, tan característico siempre de los hombres e de la época sobre que se versa, vamos a constituirnos en esta parte en simples expositores.

La Inquisición no tenía relator, o si lo tuvo, no figuró por mucho en el proceso de Francisco Moyen.

Séanos, pues, permitido ocupar su puesto vacío y encomendar a la indulgencia de los espectadores que asistan al lugubre recinto en que va a sostenerse el debate, nuestra vos casi siempre trémula por el horror. La primera audiencia de Moyen ante los inquisidores, tuvo lugar el 4 de Mayo de 1752; y eran aquellos a la sazón el clérigo don Mateo de Amuqzuibar, sucesor del «honrado Calderón», i don Diego Rodriguez (personaje que no conocemos sino por su nombre), que lo era de Unda, ya fallecido, con embargo de su fortuna, de su propio menaje i no sabemos si de su ataúd, a título de restituciones a su propio ministerio.

Tomó al principio rumbo con desusada actividad el juicio plenario, celebrándose desde aquel día hasta el 21 del próximo junio no menos de diez sesiones.

En la primera de aquellas se trató solo del oríjen, o más propiamente, de la etnología del
reo, al propio tiempo que los signos eternos del culto que profesaba. Moyen tuvo que contar a este respecto prolijamente la historia de sus abuelos, hermanos y todos sus parientes para probar la limpieza de su casta, porque según las constituciones de la Inquisición, podía nacerse hereje. El judaísmo, por ejemplo, era una herejía constitucional i hereditaria.

Pero en esta parte salió triunfante la alcurnia parisiense i borgoñana de Moyen, pues probó, dice la acta respectiva, ser de buena casta i generación, sin mezcla de hereje, moro, ni judío.

Le hicieron en seguida santiguarse i rezar las oraciones más usuales del católico.

Al tratarse de este punto, el reo anduvo menos afortunado, porque solo se santiguó en el pecho, sin saber las persignaciones de la cara; i aunque dijo correctamente i en latín el Padre Nuestro, no supo una palabra de la Salve, i tartamudeó con frecuencia al decir los Mandamientos de Dios i de la Iglesia. En tres años a que Moyen andaba como neófito de la Inquisición, de mano en mano entre sus familiares, ninguno había tenido la caridad de enseñarle a rezar ni a santiguarse, i esto que, como dice el señor Saavedra, su principal objeto era la enmienda i no el castigo, por lo que hasta el patibulo lo había convertido en absolución.

La segunda sesión fué destinada a la relación de la vida de Moyen desde su nacimiento hasta la hora en que hablaba; pero por lo avanzado del tiempo hubo de interrumpir aquella a su llegada a Puno, cuando después de su prisión en Potosí era conducido a Lima.

En la tercera sesión, que tuvo lugar el 9 de Mayo de 1752, se le insinuó por la primera vez
la naturaleza de su proceso. Preguntóle el inquisidor si sabía cuál era la causa del juicio que se le seguía, y Moyen solo contestó que lo atribuía a sus conversaciones con el fraile franciscano de Potosí, cuyo cuaderno impresó, en que le comparaba a Atahualpa, según en otro lugar dijimos, ya había leído sin duda el reo. El primer rayo de luz le había venido de más allá del océano. Tan grande, tan horrible, tan profundo era el sijilo que imponía hasta sus muros el dulce Santo Oficio!

Sucediéronse después siete sesiones consagradas a la dilucidación vaga, incongruente, al parecer puramente destinada a una simple exploración del espíritu del reo, sobre varios de los puntos teológicos sobre que versaban las herejías de que le habían acusado los delatores de Potosí, i que a su debido tiempo había calificado, según dijimos, el Santo Oficio.

Agotada aquella discusión, se hizo saber al reo en la décima conferencia que por las constituciones inquisitoriales debían hacérsele tres moniciones, a fin de que no reservara nada de cuanto podía influir en su defensa o mas bien en su culpabilidad, porque para aquella no necesitaba ser urjido con apremios. Moyen se dio por notificado de esta primera advertencia canónica, declarando que no le quedaba nada por agregar, i puso su firma en la acta del día con pulso tranquilo i seguro (como aparece siempre en todas las páginas en que se halla estampada,) junto con el escribano del secreto, que lo era don Gaspar de Orúe.

La segunda i tercera monicion se la hicieron cuatro meses más tarde! (el 13 de Octubre de 1752).
¿Qué hacía entre tanto el reo? Entregado al blando sistema penal de los inquisidores con un grillete al pie, que le había labrado hondas heridas; en un calabozo húmedo y oscuro, sufría en silencio su horrible, su inconmensurable tortura. Ibamos a decir que la Inquisición había inventado el infierno antes que el Dante y que Milton. Pero somos simples esposores; i pasamos...

En aquella tardía sesión (la de Octubre de 1752) hizo saber, sin embargo, a Moyen que ya el fiscal tenía redactada su vista i que en consecuencia debía apurar sus últimas revelaciones, «a cuyo fin se le amonestó ahora (dice la diligencia) porque habrá más lugar de usar con él la misericordia, que en este Santo Tribunal se acostumbraba con los buenos confitentes, i de no se le advierte que se oirá al fiscal i se hará justicia.»

Tenía esto lugar, como decíamos, el 13 de Octubre de 1752. Pero hacia ya dos días que el fiscal (que era un doctor llamado Grillo, i al parecer digno de su nombre) había despachado su tarea. Había sido ésta tan enorme, que su contenido abrazaba cuarenta páginas de letra inquisitorial, es decir, oscura y apretada.

Aquella pieza era terrible. Oigámosla solo en su conclusión para juzgarla.

«Pido i suplico a vuestras mercedes, decia el ajente de los verdugos, que habiendo mi relación por verdadera en qto. baste, se sirvan de declarar al dho. D. Francisco Moyen por Hereje formal pertinaz i Sequaz de las dichas Sectas de Lutero, Culbino, Sacramen, Janceno, Quesnelio, Manicheo, i Mahoma, i Vehemente Sospecho de Judáismo, i aprovante de otros Errores, i Herejías, i, que como tal ha incurrido en las penas, i
censuras Eclesiásticas, condenándolo a las que por Duro común Leyes i Prácticas de estos Reinos, i estilo del Sto Offo están establecidas contra tales Delinquentes, llebandolas a debida ejecucion, relajándolo como a Convicto impenitente, negativo, ficio, i simulado Confitente, al Brazo i Justa Seglar, i declarando por confiscados sus bienes mandándolos aplicar ala Camara del Rl. Fisco; para todo lo cual, i demás necesario hago el pedimento que mas convenga en Justicia que pido, i Juro por Dios Nro Señor i esta † que no procedo de malicia sino por cumplir la obligacion de mi Offic &.

Otroso—En caso de que mi intencion no se tenga por bien probada, i de ello aya necesidad, i no en otra forma pido sea puesto este reo a question de tormento en que esté, previene, i sele repita las veces necesarias hasta tanto, que enteramente diga la Verdad, pido ut su pra, bajo la correspondiente pretesta &a. Secreto i Octbe 11 de 1752.

Bartolomé López Grillo.

Una cosa resalta en esta pieza, modelo espan- toso de la burla i de la atrocidad que cabe en la sofisteria humana, i es que el fiscal que pide la confiscacion de los bienes i la aplicacion del tormento repetido las veces necescarias, no pide la muerte, no señala la hoguera.

Solo dice que se relaje al reo i se entregue como convicto impenitente al brazo i justicia seglar.

¿Por qué era esto?

Porque la Inquisicion era esencialmente hipócrita desde que era esencialmente cruel i alevosa. Sus inquisidores, por lo comun, revestian carác-
ter sacerdotal, i como en tal virtud les estaba prohibido por los cánones el derramamiento material de sangre, hacían quemar millares de hombres, pero no los sentenciaban a muerte.

I de aquí uno de los argumentos Aquiles del señor prebendado Saavedra. Los inquisidores, dice, no podían condenar a muerte, luego la Inquisición no fue cruel ni sanguinaria, i los que han dicho lo contrario no son solo calumniadores, desearados detractores, i por lo tanto, enemigos declarados del catolicísimo.

Respondemos: es cierta la fórmula. Ésta decía, al relajar al reo, esto es, al entregarlo al verdugo (llámesese este alguacil del Santo Oficio, alcalde, corregidor, virei o lo que se quiera)— le rogamos i encargamos se hayan benignamente con él; pero con aquel ruego i encargo iban los mas de allí mismo a la hoguera. «Escepción puramente nominal, esclama a propósito de esta supercheria un ilustrado escritor moderno, puesto que los inquisidores tenían a su disposición el tormento i la relajación, que llevaba consigo la declaración de hereje, delito que las leyes condenaban con pena de la vida, i cuya sentencia no podían menos de ejecutar los jueces cuando el Santo Oficio se la entregaba con el reo. Además, si el juez por satisfacer la súplica hipócrita con que concluía la sentencia, de que tratarán al reo con humanidad, no lo quemaban inmediatamente, la Inquisición lo juzgaba como sospechoso de herejía, fundándose en su negligencia para cumplir las leyes civiles contra los herejes.»

La ficción era grosera, pero salvaba el escrúpulo legal. No aparecía la sangre del suplicio final, la agria saliva de la agonía no brotaba de los labios de la víctima. El sofisma de la muerte
i el sofisma de la lei quedaban a un mismo tiempo consumados.

Pero si de la tortura sobrevenía, como era frecuente, el que espirase el reo inconfitente, no se recurría entonces al ardid de las palabras sino a la infamia de la hipocresia. La fórmula de la sentencia de tortura era en efecto la siguiente: «en la cual (la cuestión de tormento) mandamos esté i persevere tanto tiempo cuanto a nos bien visto fuere i si muriése o fuese listiado sea a su culpa i cargo i no a la nuestra, por no haber querido decir la verdad.»

Hé aquí la sofistería escolástica en toda su brutal desnudez encarada con la historia, con la verdad de todos los días, con lo que cada uno está contemplando materialmente delante de sus ojos o fallando en su conciencia por la lógica inevitable de la razón. Sostener a la verdad que la Inquisición no condenaba a muerte, sería lo mismo que sostener que los tribunales de la república no inferían hoy esa pena porque al señalar las leyes que la prescriben, delegan su cumplimiento al comandante de policía i éste al verdugo. La lei 12, tit. 21, lib. 12 de la Nov. Rec. dispone, por ejemplo, que la pena del homicida es la de la muerte, i si el juez, como sucede con frecuencia dice en su sentencia «condeno al reo a la lei tal,» puede decirse que no lo condena a muerte porque no dice espresamente esta palabra?

Admirable lógica la del señor prebendado!

Pero aun va este más lejos. Se ensaña contra Torrente porque dice que relajar equivale a matar. Mas nosotros que no hemos leído al historiador crítico, contentándonos con hojear su compendio por Rodriguez Buron, no necesitamos
recurrir a su autorizado testimonio. Esta es simplemente una cuestión de buen sentido, de simple buena fe, de diccionario en fin—«Relajación, dice en efecto Escrivá en su Diccionario de legislación es la entrega del reo que el juez eclesiástico hace al juez secular para la imposición de la pena en causa de sangre.» «La relajación al brazo secular, añade por su parte el comenta- dor Marchena es la postrera pena a que sentencia el Santo Oficio, y la justicia seglar es la que falla la pena ordinaria. Verdad es que son esco- mulgados i tratados como herejes los jueces seglares, si no mandan inmediatamente ajusticiar a los reos que les entregan los Inquisidores, pero estos afir- man que de manera ninguna son participes ellos de la muerte de los herejes, porque las leyes que los condenan al suplicio las ejecuta la justicia seglar.»

Ahora sobre si la relajación equivalía a la muerte i a la muerte por el fuego, hé aquí las opiniones de los mismos panejiristas i oráculos de la Inquisicion. «Nadie duda, dice Peña en sus comentarios al Directorio de Inquisidores (edición citada) que los herejes deben ser castigado con pena capital; mas se pregunta que suplicios con- viene usar? Alfonso Castro, lib. 2.º de justa he- reticorum punitione, cree que importa poco que mueran a hierro, a fuego, o de cualquier modo, pero el Cardenal de Ostia, Godofredo, Covarruvias, Simancas Rojas, i otros: llevan que es in- dispensable, DE NECESIDAD ABSOLUTA QUE sean quemados, porque como dice muy bien el prime- ro, el tormento del fuego es la pena natural de la herejía. El evangeliio de San Juan, cap. 15, dice: Si quis in me non manserit mittetur foras, sicut palmes, et arescit, et colligent eum, et in ignem mittent, et ardebit. «El que en mí no permanecie-
re será echado fuera, como un sarmiento, se
secará, i le cojerán, i le tirarán al fuego, i arderá.»
Omito que este dictámen le abona la práctica
universal de la república de Cristo. Añaden Si-
meon i Roxas que han de ser quemados vivos,
pero antes de quemarlos se tomará la precaución
DE SACARLES LA LENGUA, o ponerles una mordaza,
para que con sus blasfemias no escandalicen a los
circunstantes. (Peña, anotaciones al lib. 2.º del
Directorio.)

Pero en definitiva, ¿no se encarga el mismo
apolojista de la Inquisición de manifestar en ca-
da una de sus páginas la inconsecuencia de su
incruenta teoría con la realidad imprescindible
de las cosas? ¿No refiere él mismo (pág. 17) que
San Agustín pedía al conde Marcelino gracia
para los herejes donatistas, diciéndole en nombre
de Jesucristo: «Deseamos que se les corrija, pero
no que se les quite la vida?» ¿No pone el mismo
autor en boca de Gregorio Magno estas nobles
palabras de la iglesia antigua (pág. 11): «Defienda
la iglesia a los reos de muerte para que no se
haga participante de la esfusión de sangre?» I estas
otras en la del papa San Leon: «La iglesia se
contenta con pronunciar penas espirituales por
boca de sus ministros i no hace ejecuciones san-
grientas?» I por último, ¿no apunta el mismo,
como para echar por tierra con un soplo el tra-
bajoso andamio de su sofistería, el dato histórico
de que el emperador Federico II de Alemania
«prescriba que los jueces seculares entregasen a
las llamas a aquellos que los inquisidores condena-
sen como herejes!»

I cómo, en vista de estas confesiones propias,
es creible que el mismo escritor que las asienta
nos haga a reglón seguido una pregunta como la
siguiente: «¿Se tendrá todavía la pretensión de hacernos consentir que la Inquisición sentenció a muerte? Esto sería el colmo de la locura.»

Sí, señor prebendado! Sería el colmo de la locura negar que la Inquisición, que sabía que relajar era equivalente a matar (porque en un sentido legal eran cosas idénticas como lo eran en la práctica), que sabía que los jueces seculares debían entregar a las llamas «los reos que los inquisidores condenasen como herejes,» que sabía por fin que era una mera ficción de fórmula decir relajo i no decir condeno a muerte, i que por último perseguía a los mismos agentes del brazo secular como cómplices de la herejía cuando no quemaban al relajado, según consta de vuestro propio opúsculo: negar todo esto es a la verdad el colmo de la locura!

Sí, señor prebendado; es el colmo de la locura el sostener hoi día tales sofismas de antaño, porque nuestro globo ha crecido ya demasiado para caber en la manga de nuestro padre San Francisco, i para que nadie crea, ni aun los discípulos de San Ignacio, en el por aquí no pasó de los casuistas. «La Inquisición, dice entre tanto un escritor cristiano hasta ser ascético, católico hasta ser ultramontano, pero ilustrado i sincero, la Inquisición como tribunal eclesiástico habría sabido limitarse a juzgar a los herejes e imponerles penas espirituales, como la excomunión, los ayunos i otras penitencias que pudiesen hacerlos abjurar sus creencias libremente, i volver al seno de la iglesia católica. No se procedía, sin embargo, de este modo: la Inquisición podía no solo excomulgar, sino también condenar a muerte, a presidio, a galeras, i en general, imponer a su arbitrio las penas que le parecía conveniente. Así es que se
ponía en práctica el principio de que los herejes no tienen derecho de habitar la superficie del globo.

«Cuando los inquisidores, dice M. Haureaux, que no es por cierto ni con mucho el más severo enemigo de la Inquisición (pues aún de una vez la justifica, la alaba y casi la canoniza como nuestro prebendado) relajaban un reo y lo recomendaban a la clemencia del poder civil sabían ya demasiado que la hoguera estaba encendida. Si la sangre les causaba tanto horror, ellos no debieron condenar sino su primera víctima, y a la vista de la primera sangre derramada por su veredicto, debieron dimitirse de una facultad que otros hacían ejecutar con tanta crueldad. Pero ¿acaso no se sabe que ellos mismos se irritaban contra la propia clemencia que pedían? No se sabe que aun antes del establecimiento de la Inquisición, Roma tenía empuñada la espada, hería y malaba con ella? Los neo-católicos no debían pues empeñarse, añade el imparcial escritor francés, señalando puede decirse con el dedo a los hombres de la escuela del probendado de Chile, en sostener esa miserable tesis, y debían reconocer la participación más o menos directa que la Iglesia Romana ha tenido en los autos de fe que han ensangrentado la Francia, la España y los países jermánicos.

«Como la Iglesia tiene horror de la sangre, dice M. de Coquerel, los inquisidores podían condenar a muerte pero no presenciar el suplicio: tenían verdugos para torturar los prisioneros en los calabozos, pero no para ejecutarlos en el cadalso.»

Una sola cosa pediríamos por nuestra parte a todos los polemistas modernos, la única que fal-
taba a los casuistas de antaño: lógica, lógica, solo lógica!

Pero continuamos en el proceso.

El fiscal Grillo en su extensa vista (que inútil decir era un abultado hacinamiento de patrañas i pedanterías, según el estilo de la época) concretaba su acusación a las cuarenta i cuatro herejías recordadas de Moyen, tal cual las había calificando el Santo Oficio, i añadía dos mas de su amo- rio, solo por probar su celo personal, i una terce- ra por perjuria, a consecuencia de haber negado el reo todos los cargos. En resumen, las herejías eran ya cuarenta i siete.

¿En qué consistían estas?

Hemos apuntado en el curso de este relato el carácter, la ocasión, la trascendencia i hasta la es- plicación que daba de algunas el acusado.

Pero llegando a esta parte, la mas grave i de- licada del proceso, por cuanto ella envuelve el cuantum de la cuestión, preciso es hacer oir a nuestro pueblo, en cuyo seno circula la glorifica- ción del Santo Oficio, con la licencia espresa de las autoridades eclesiásticas, el lugubre i terrible debate con sus propias frases, con su termina- jia especial, con su ortografía misma, si es posi- ble, como si hubiéramos fotografiado cada página del horrible sumario. Así se destacará entera la figura de la víctima delante del oscuro escenario en que iban a juzgarle.

No es posible trascibir una a una todas las acusaciones ni todas las respuestas. Si tal hubié- ramos de hacer, llenaríamos nuestras lentas prensas de volúmenes; pero cuando ocho años ha for- mamos por nuestras propias manos el extracto del proceso en la biblioteca de Lima, elejimos aquellas que menos se repetían, que respondían
mas directamente a las delaciones primitivas, a fin de preservar la unidad del conjunto, i que, por último, tenían ménos teología i ménos dialéctica.

Creímos entonces que algún día, mas apartado acaso que el presente, habríamos podido hacer sobre el nombre de Moyen una leyenda para el pueblo. Ahora sale ésta vestida con la camisa amarilla de la polémica; pero el fondo no se altera. Siempre es el terrible proceso de un penitenciado de la Inquisición.

He aquí, pues, la serie de proposiciones que copiamos de los autos originales, según el orden de calificación que hizo de ellas el Santo Tribunal.

Para hacer más compacto el cuadro que de otra manera presentaría un incomprendible desencuadernamiento, al pie de cada cargo ponemos la respuesta de Moyen, (siempre que haya conservado de ella copia o extracto) señalando la pieza del proceso de la cual haya sido tomada.

La lúgubre sala de la Inquisición de Lima, con su maravilloso pero oscuro artesonado, su Cristo de gozne, sus cirios verdes encendidos, sus tres jueces sentados bajo el dosel de seda i terciopelo, el algnacil mayor recamado de oro, el el fiscal, los cuatro secretarios de la confiscación i el del secreto, los familiares, los escribanos, los acólitos, los aplicadores del tormento, todos están en su lugar en una alta gradería. El infeliz reo, revestido con el traje de los penitenciados, sentado en un banco desnudo, sin hablar casi el idioma, cargado de grillos, se ostenta solo en medio de sus acusadores, de sus jueces, de sus verdugos.—Ecce homo!
Comenzamos pues ahora la lectura de las piezas anunciadas del proceso:

**CALIFICACION**

En el Sto. Ofizio de la Inqqu. de la Siud. de los Reyes en los días nuebe, once, i doce deel mes de Mayo de mill, setezientos, i Zinquenta años, estando el Mui Illtre. Señor Consejero Vi-
sitador Gral. Dr. Dn. Pedro Antonio de Arenaza, i Gárate, i el Señor Inqqor. Dr. Dn. Matheo de Amuquihan en su Auda. de la mañana, manda-
ron entrar en ella alos RR. PP. Miros Frai Franco. Xavier Torrejon, i Velasco deel Orden de Nuestra Señora de las Mercedes, i Ex-Provinceal de su Relijion; Frai Agustin Espinosa delos Mon-
teros deelde Su. Agustin, i Mtro en su Relijion; i Padre Joseph de Paredes de la Compañia de Jesus, Calificadores deesta Inquisizion, alos qua-
les se entregó elExtracto treinta i cuatro dias antes, para que se enterasen deel, i tubiesen tiem-
po para estudiar los puntos, que de dho Extracto resultaban, el qual haviéndoseles vuelto a leer
los dihos días nuebe, once, i doce deel presente
mes, a cada Capítulo dieron las Zensuras si-
guintes.

I.—PROPOSICION.—EL TEMOR DE DIOS

Cierto Hombre Europeo, de Nacion Frances,
dijo delante de algunas sujetos, que a Dios no
se devia temer. I contradiciéndole los circunstan-
tes, se afirma en ello; espresando, que Dios no
era capaz de enojarse, ni inmutarse, i por consi-
guiente, ni de Castigar al Hombre, porque seria
bengativo, lo qual era contra la Suma bondad de
Dios. Proposición que repitió varias veces en aquella combersación, sin ceder, ni rendirse alas muchas Razones que en contrario se le oponían, principalmente por cierto Doctor Eclesiástico; demodo que enfadado uno de los circunstantes le dijo enfurecido, que era Heregia la que defendía, i que parecía Luterano: aqué respondió que el no era Hereje, i que lo que decía no era Herejía; i que solo defendía lo que había leído, i lo que en la realidad era.

Dijeron Conformes, que contiene el Capo. proposizn. Escandalosa. Temeraria, i Herética, que constituye al Reo Hereje formal i Luterano Cantumaz.

RESPUESTA DEL REO

Aunque la proposición censurada contiene en este caso la explicación que el mismo Moyen daba á sus palabras, dijo además en la audiencia del 24 de Mayo lo siguiente sobre este cargo:

«Que los verdaderamente cristianos no debían ni tenían por qué temer a Dios, porque Dios no podía hacer justicia, i que habiendo recibido de S. M. todo el bien que tenemos, no debíamos temerle sino amarle i adorarle, i que por esta motivo en el primer precepto del Decálogo no se decía que se temiese a Dios, sino que se le amase sobre todas las cosas.»

II.—Dios y LAS TEMPESTADES

Habiendo preguntado á dicho Frances un Hombre Español en concurrencia de otros; si temía alas Tempestades, en ocasión en que ha-
via una de Truenos de que estaban atemorizados? Respondió dicho Frances, que no temía a Dios, ni se le debía temer. I impugnándole aquella proposición principalmente el mismo Doctor Eclesiástico referido en el Capítulo 1.º dijo que se ratificaba en que a Dios no se le debía temer, respecto de que el Hombre que estaba predestinado para la Gloria, temiese a Dios, o no le temiese, se havía de Salvar; i al contrario, el que estaba predestinado para el Infierno, temiese a Dios, o no le temiese se havía de Condenar.

Dijeron Conformes, que la prima, pte. deeste Capo. confirma la Zensura dada acl antecedente; i que la segda. pte. contiene nueva proposición. Errónea, Escandalo- sa, Theológie falsa. i Herética Luterana, que contiene al Reo Hereje formal Luteroano.

RESPUESTA

El descargo de Moyen a esta proposición fue ratificado en ella «por tener hecho juicio, dice la acta citada de la audiencia del 24 de mayo de 1752, que las tempestades provienen de las causas naturales, cuyo orden tiene dispuesto Dios para el bien de la misma naturalza.»

III.—LOS PONTÍFICES

El mismo Reo repitió en otra ocasión, y en presencia de varios Sujetos la misma proposición del Capítulo próximo antecedente, añadiendo que el Sumo Pontífice Canonizaria, y haría cualquiera otra cosa por el interés de la plata, pues...
se veia, que Su Santidad no Canonizaba a muchos, aunque Canonizables, no haviendo plata.

Dijeron conformes, que la primera parte del Capítulo tiene la misma Zensura, que el Capítulo antecedente i que la segunda parte contiene Doctrina Escandalosa, Temeraria, Blasphema, heretical, i formalmente herética, e injuriosa a los Sumos Pontífices, i a la Iglesia, que constituyen al Tico Blasphemo heretical, i formalmente Hereje.

RESPUESTA

Aunque no conservamos una apuntacion especial de los descargos de Moyen relativamente a la proposicion anterior; sin embargo, por versarse aquella sobre los pontifices, que es uno de los puntos mas importantes de la acusacion i la defensa en el proceso, insertamos los siguientes pasajes de sus apuntaciones, hechas en 1758 para que sirvieran de punto de partida a su abogado en el alegato de defensa.

«El Primero argumento que he tenido con los Serranos respeto al Pontifice, ha sido a locazion del titulo de cabeza Universal de la Iglezia, que los Pontifices que hansido reconocidos por Santos, no han querido admitir; porque dice S. Gregorio, que el Pontifice que toma ese título, es un percursor del antecristo que se alsa sobre sus hermanos, i que a renunciado a la fé, que entonces los otros Obispos, ya no serian Cabeza, de sus Iglesias, lo qual es una herejia manifiesta que todos estan, i son verdaderos Obispos de sus diozezes. Establecido por Ye suachristo, sobre
una cantidad de sus cristianos, aunque, en la orden de la hierrarchia, todas estan al mando del Pontifice, que es el primero de los Obispos, y tambien el Obispo de la Iglezia Univerzal, pero, no el Obispo Univerzal de la Iglezia, como dize Sn. Gregorio.

El goyerno de la Iglezia Univerzal fue entregado a Sn. Pedro, que es, el Principe de los a Postoles, pero no hasido llamado el a Postol Univerzal, i ningunos de los Pontiñces en querido rre cever Esse titulo: esto es lo que dicen los acuzeuges que yo, he dicho, i es verdad, que Son palabras transladas de la historia del Chismo de los Griegos Escripto por el Padre Luis de main bourg de la Campania de Jezuz Volum. pmro., libro pmro. fojas 76 i 77: i si por mi desgracia, he por fiado, sobre la diferencia que ai, el dezir Cabeza Univerzal de la Iglezia, o cabeza. de la Iglezia universal, es que la distincion que hace San Gregorio, es mui diferente, i muibien Expli cado, porque El dice, que aquel que se llama Cabeza Universal, que lo compara al diablo i el que se llama cabeza de la iglesia universal lo compara con S. Pedro que a mucha diferencia entre los dos; i assi se ade entender como lo Explica San Gregorio, i, yo, que no he Echomas que repetir lo que dice el Santo Doctor; esta acuzacion me parece, Sor. Dector. que no servirá.

Por aber dicho que abia Pontifíce Indigno de este Santo Oficio, no devia aber sido acuizado o este Santo Oficio, es que lo dize la historia, en el chismo de los Griegos Volum Pmro lib. 3.° fo ja 256: assi dize que Romain Emperador de constantinople, se sirve de Alberic Rey de los Romanos, el qual tenia al Pontifíce Juan XI, en escrado en un quarto, como un Es clavo, i le obli-
ga a satisfacer el Emperador, contra la Justicia, i un Pontífice, tan Yndigno de aquella dignidad Suprema, que lo Era aquel miserable Juan XI que la infamia de Su madre abí hecho poner sobre la Silla de Su. Pedro; esto dije a lo cazion de lo que reparé en la Sierra, andar a los Señores Curas, i Clerigos, contanta grandeza i chupa frangiadas i lo demás: quando en España en francia, i en Portugal an dan los Ecleziasticos con tanta modestia; i allí, no hai culpa, si es verdad, no a mas que Yndiscresion Catholica, pero eso no ofiende al Sto. tribunal.

«Des pues me acuerdado de lo que Se me acuza de aber negado El Poder absolut del Sto. Padre, no Epretendidido Ofender al Respeito que se debo a Su Sантidad E la distincion que hace del temporal a El espiritual fue que solo la Obligacion del Sumo Pontífice. Era de mentenir a la doctrina de Jesuschristo i Governar a la Relijion, Como quien abí re Sobido Ese Cargo de Jesuschristo mismo, quando lo hizo Primero Obispo de Su Eclesia Universal, i que li entregó aquellas llaves, proba que Sólo los negocios del Cielo, de ben Ocupar al St Padre, Son que, Se ocupa a tener tropas, i hacer la guirra que los Reys; a quien Dios a dado El gobierno de los hombres por lo que toca al temporal; De verian tener Es se cuidado, i de verian Dar a Su Sантidad todas las tropas, nessesarios Para la Guardia de Su Persona esa Discrecion no la hace por des prezio, i no me abia parezido aber ofendido ala Relijion, i si le Yso Soi prunto aretractarme que abra sido por Ynorencia.

«Señor Dctor la desgracia que tube yo, de argumentar con aquel Sacerdote, que me dixo que, me abia de tirar con el candeler o en la cara, no
Fue mi culpa, es que el testigo Pmro li abia dicho el cazo, del baxamiento del Pontifíce Benedicto nueue; i me dijo El dicho Sacerdote, que Era mentira que nunca se abia baxado Pontifíce de Su Silla, ablava yo como un Ereje Visto, que no Estaba Escripito en el de Catalogo que el tenia, i como de otra parte, El testigo Segundo, le abia dicho, que yo estava en el pareser, que Dios, mas poder tenia en el Purgatorio que Sto Padre mo preguntó Si ignoraba de la hotoridad que tienen los Pontíffes en el Purgatorio y como Era Neagarle, sino el me lo provasse; por argumen-
tos; li pregunté Si el alma, no estava allí metido de la Parte de Dios, en penitencia de sus culpas, El medixo que Sy, luego le saqué la consecuencia, que como para Dios no ay tiempo, So lo deter-
minasion, que Era precizo, que se Executase, en el Objecto, que ocazionava a quella determination, que Era el anima, y que assi, la dilasion, se allava determinado, en el Purgatorio, de par-
te de Dios, que es la reason que quitaria el Pontifíce, la facultad de livrar, a aquella alma, que el poder de los hombres, no pueden prevalerse So-
obre los de cretos de la divinidad; y que por lo consiguiente, Si yo abia de dar, diez o doze mil pesos. para la livrensia de la ben dita alma, Sto Padre ya que oro le puede librar de alli, que me-
jor seria para mi de guardar la plata; y a esto, no Sabiendo el Sacerdote que responderme, livino en la Yimaginacion aquella dolce palabra de decir-
me, que me que braria la Cabeza; a unque, essas palabras Sean palabras de la Sierra no son pala-
bras de Sacerdote, y Sierio es, que las aguante por el grande respeto que tengo por la Sta Religion, assi que los ministros de ella.

«Sino me hubiera preguntado, Si creya al
purgatorio, sirezaba para las animas. Si compra-
vabula, para me Confessar; Si creya que fuese-
Santo, El Pontifice, antes, que de morir, no li-
ubiera echo essas respuestas, muí Catholicas,
que, acuesta, del entendimiento, las tomó él, por
Eregias; y assí, las cuentava a los otros Serranos,
para haserme ablar como ellos; pues, siendo-
Cauza prohibido de la Parte del Sto Tribunal
de hablar de asas causas, y que me dezia Catho-
lico, no tenia que me preguntar, ni que respon-
derme, Si sin Saver, li ubiera Echo algunas pre-
guntas, que Como estranjero, podia a Ver Erado
en esto; Sin Ofen der al Sto Tribunal; y son estas
preguntas que el me hizo primeros que an oca-
zionado, todo los argumentos, theologicos, fizicos,
me thasfizicos, historicos, que he tenido con los de
la Sierra, esto bastava para haserlo a el Deho
Testigo arreo del Sto Oficio, y mucho mas con lo
que el a Ocultado de dezir, y las columnias menti-
rozas que el, a dicho.

IV.—LA AVE MARIA

Asimismo dijo este Reo en presencia de varios
Sugetos, varias y frecuentes veces, que quando
se reza el Ave—Maria, no se deve dezir: el Señor
es contigo: sino el señor fué contigo.

Dijeron Conformes, que este capitulo con-
tiene Doctrina impia. Escandalosa. Ofensiva,
injuriosa a Ma. SSma. Temeroria, Errorne y formalme. heretica, que que
constituiue al Reo Herege formal.

RESPUESTA

Sobre este cargo no coservamos ninguna apun-
tación ni extracto, tal vez porque lo juzgamos innesarios.

V.—LA EUCARISTIA

Navegando el dho Frances desde Europa para las Indias, dijo un Sugeto, que Dios estaba en todas partes por Esencia, presencia y potencia; y le impugnó este Reo, diciendo, que aunque Dios estaba en todas partes por Esencia, y potencia, mas nó por presencia, porque si así estubiese, sería visible á los Hombres. I replicandole el dho Sugeto, que Dios era un Espíritu puro, y que por consiguiente no era perceptible por los Sentidos Corporales, y que siendo fácil al poder divino, el que Christo, vida nuestra, en Cuerpo, y en Alma se hiciese imbisible, ¿cómo hallaba repugnancia en que Dios, siendo Espíritu puro, no fuese perceptible por los Ojos Corporales? permaneció este Reo en su dictamen, sin rendirse a esta, ni a otras razones, con que el dicho Sugeto pretendía disuadir a este Reo.

Dijeron Conformes, que este Capítulo contiene Doctrina Escandalosa, falsa Theologic, Erronea, y formalmente herética, que constituie al Reo Herege formal.

RESPUESTA

La explicacion dada por Moyen sobre este cargo, está contenida en la siguiente declaracion que hizo en la audencia del 29 de Mayo de 1752.

«Dijo, que en la Sobredha Conversazn, con el Syndico éste le preguntó, si Creia, que Jesu—Christo está en la Ostia, siendo Consagrada; y discurriendo el Confesante, que loque le pregun-
taba era, si lo que se Veia después de la Congre
gación era el Cuerpo de Cristo, le respondía que
era el cuerpo de Cristo misteriosamente, pero no
phisicalmente. (Con este término quiso se expres-
sase, y no con el de phisicamente) no sabiendo,
que el término de phisicalmente le causaría nove-
dad; loqual replicó dho Syndico, que cómo no
estaba el Cuerpo de Christo en la Ostia Consa-
grada phisicalmente? pues no está como en el
Cielo? y este Confesante le respondió, que sí, y
que era loque él decía: y como estaban bebiendo,
y tocando este Confesante el Violín, le pidió el
referido Don Diego de Alvarado, que prosiguise
en tocar, y Zesó la Conversación sobre este
asunto, y que loque este Confesante quiso des-
sir, diciendo, que no hai existencia phisical de
Dios enla Eucharistia. era lo que nos enseña la
fé, segun lo tenia comprendido, que despues de la
Consagracion delas especies, no queda mas, que las
apariencias del pan, y del Vino, por ser el phisico,
o el material decellaz transsubstanciado enel Cuerpo
de Jesu—Christo, pues siempre ha Creido, Cree y
hade Creer, que enel SSmo. Sacramto. de la Eu-
charistia existe Jesu—Christo del mismo modo que
enel Cielo, en Cuerpo, y en Alma, y en Divinidad:
y expresando mas su mente, añadio, que quiso
decir, era, que despues de Consagrada la Ostia,
no se Veia phisicalmente el Cuerpo de Jesu—Chris-
to, sino las apariencias de las especies, que por
la transsubstanciacion no eran Cosa phisica, o
material.»

VI.—LAS APARICIONES DE JESUCRISTO
EN LA TIERRA

Asimismo dijo este reo en cierta conversacion
en presencia de algunos Sugetos, que eran falsas i quimericas las apariciones de Christo vida nuestra a los Hombres, dando a entender, que los aparcidos serian otros Espiritus; i que ni los Angel es podian aparecerse en figura Corporal, porque Carecian de Cuerpo; i que haviendo Christo padecido, muerto, resucitado, i subido a los Cielos hombre adulto, no podia aparecerse Niño; Con lo qual quiso satisfacer ala replica que le hicieron con haverse aparecido en esta figura a Sn. Christopher, i a Sn. Antonio.

_Dijeron Conformes, que este capítulo contiene tres proposiciones formalmente hereticas, i la ultima de ellas la heregia de los Sacramentos, que constituyen al Rito hereje, formal i contumaz._

-----TESPUESTA-----

No conservamos ningun apunte sobre esta proposicion.

--- VII. LA SIMONIA ---

En la misma citada conversacion añadio que siendo el Sacrificio de la Misa Espiritual era Simonia el dar Dinero por el; i aunque se le replicó, que el estipendio de la Misa no era precio de ella, sino solo una contribucion, o especie de Limosna, que hacian los fieles para Sustentacion delos Sacerdotes; no cedio de su dictamen.

_Dijeron Conformes, que este capítulo contiene Doctrina Escandalosa, piarum aurium Offensiva, Contraria a la practica dela Universal Ygla., i Erronca, que constituye al Rito Vehemente Sospechoso en la fe_.
Sobre este cargo no conservamos ningún género de apuntaciones. Pero creemos oportuno recordar, como antes dijimos en una nota, que constaba del proceso, que Moyen había dado en Potosí una suma de cuatro pesos para aplicarlos en misas. Si esto era así, la respuesta al cargo no podía ser mas práctica.

VIII.—LA ASTRONOMIA

Estando este Rey de noche en Compañía de algunos Sujetos, habiendo notado, i celebrado uno de estos la hermosura del Cielo Estrellado, dijo este Rey que era Superflua la muchedumbre de Estrellas, dando a entender, que Dios había errado en la Creación, pues con una podía prestar el efecto de todas.

Dijeron Conformes, que contiene proposicion Blasphema heretical, que constituye al Rey Blasphemo heretical.

RESPUESTA

Tampoco conservamos apunte relativo a este cargo, tal vez porque al tiempo de formar nuestros extractos juzgamos mas conveniente presentarlo desnudo.

IX.—LA GEOLOGIA

En otra ocasión dijo este Rey, que el Orbe no era Criado en tiempo, sino que siempre había tenido igual duración; i haviéndole impugnado
el que se lo oyó, no obstante se quedó en su dictamen.

Dijeron Conformes, que contiene herejía formal, que constituye al reo hereje formal.

RESPUESTA

Esta proposición se halla en el mismo caso que la anterior.

X.—EL LUJO DEL CLERO

Conversando este Reo acerca de los Eclesiásticos, habló varias veces, motejando, i sintiendo mal de la decencia de todos, i del fausto, i ostentación de los Señores Obispos, Arzobispos, i del Sumo Pontífice, extrañando rodasen Carrozas, i tubiesen gruesas rentas, quando San Pedro, i los demás Apostoles, i Evanjelistas andubieron cubiertos depobres Vestiduras, pidiendo limosna, i Predicando el Evanjelio.

Dijeron Conformes, que este Capo, contiene Doctrina Escandalosa, piarum aurum ofensiva, injuriosa alos Sumos Pontífices, alos Prelados Eclesios, i atodo el Estado, Temeraria, i sapiente dela herejia Wiclephiana, que constituye al Reo Vehemente Suspechoso en la feé i de Hereje Wiclephiano.

RESPUESTA

El descargo de Moyen en esta parte se en-
cuenta en su primera representación a los inquisidores, en que se lee textualmente el siguiente pasaje:

«Por lo que Edicho sobre los Eclesiásticos destetiempo no asido por despresio, ni por adversión tan poco, que Siempre Etenido El respecto que se debo a las per Sonnas Consacrado a Dios, i que representen a Jesus chrismo, en El Sacrificio de los Misterrios; fue deste Suerte que Vino larelacion; El Clarigo que El Sor. Camisario De Potosí Califica de Doctor, ablaba commigo Sobre el modo de Vivir de los Apostoles, ietiraba Siempre los parois de su Pello para que se viese su lomillo guarnisido de Plata, entonces le dixe, que parestia Ser Ostentacion i Vanidad, alos Obispos, Cardinales, i manigots de endar con coches i Conmulas, quando Jesus Christo no abi subido que un borrico en un dia de Pascua; i que para enseñar la lei, i Solebrar los Misterios, que bastaba Ser hombre docto con la theologia, i tener umildad, i mucho virtud, i que no Era presizo Detener Viinti ni treinta mil pesos de rentas, ni de Se Vestir unos Colorados, los otros cramezi, otros Sen camizas, otros con barba Cresida, i aqui los Cura Con jupe detissu i franjeado i que la lei del Evanjelio, no enseñabatodas esas grendeza; su pungo que Como en esta narracion, el Clerigo allari Su retraito, que no quedaria mug satisfeito; pero Esa Disgrecion no Ofendo a la lei; que yo la hisse Por de Version no mas.

Corresponde tambien a este descargo el verso de Boilcau, que citamos en las primeras páginas de este opúsculo, tomándolo de las notas de Mo- yen para su abogado.
XI.—LA CRUZ

En cierta ocasión aciendo acatamiento a una Cruz ciertos sujetos que acompañaban al dicho Frances, este les dijo, que aquel acatamiento no se devía a aquella Cruz, sino a la en que Xpto murió, porque la de aquel lugar era solo un palo en aquella figura, o forma.

Dijeron Conformes, que este Cupo. contiene Doctrina Opuesta a la rezivida por nra Sta. Me. Igla, Escandalosa piarum aurium Offensiva Relaxativa delas buenas Costumbs, impia, i formalmente, herética, que hace al Reo Hereje formal.

RESPUESTA

El descargo de esta proposicion se nota en las siguientes palabras de Moyen a su abogado:

«Señor Doctor, he confesado al Sto. tribunal, que quanto he dicho, que no se debe a Dorar a las Cruzes de Piedra, que se ren contran en los caminos, que no pretendia ablar de la a Dora- cion, que se debe al Señal de la Cruz; que Era del metal que ablava, esta distincion, la de via aber en tendido, Si entendimiento ubiera tenido el acuzante porque; ya que li confezava la ador- racion, a qual quier pedase del Sto. Madero, esto Era Confesar la a Doracion al Señal de la Cruz, que, si no fuera por el Señal, O la forma que tu- bo, na se llamaria Santo: bien que, yo no igno- raba que aquella a Doracion no es precepto de la lei, sino prova de amor, i de fe, que Solo a Dios se debe a dorar, i distincion ai, entre Jesuchris- to, i el Sto Madero, que li dió la muerte que por
se Reliquia, no es Divinidad: luego Señor Doctor, esta acusación no servía.»

**XII. — EL FATALISMO**

Hablando este Reo con el Cura mencionado en el Capo, antecedente, en materia de predestinación, i de los muchos que se han perdido eternamente por defecto de Noticia del Mesías; dijo: fuerte cosa es, que se condenen tantos por no haber tenido noticia del Hijo de un Carpintero.

*Dijeron Conformes, que es proposición Escandalosa, piarum aurium Offensiva, impia, Temeraria, Erronea, formalmente herética. Sapiente del Judaismo, que hace al Reo Hereje formal, i sospechoso de Judaismo.*

**RESPUESTA**

Ya hemos citado el verso de Voltaire que invocaba Moyen, i en el cual la frase *el hijo del carpintero* está usada conocidamente en un sentido figurado i como una licencia poética.

**XIII. — LA MULA**

Teniendo noticia el mismo citado Cura de que por haber un Arriero maltratado a una Mula que se tendió con la carga, partió furiosamente contra el este Reo en a demand de hacerle notable daño, diciendo que quien lo había dado autoridad, ni poder a aquel Arriero ú otro Hombre alguno para que maltratase, o intentase matar a aquella Mula, ni otro algún animal cuando todas eran *Criaturas de Dios*? Se volvió a hablar deés-
te asunto, y en presencia dedicho Cura, y de otro Sugeto Eclesiastico ratificó el mismo Frances dha noticia, añadiendo, que no Comería si hubiese ser necesario, que el hubiese de matar, res, o Abe para el: I recombiindiéndole el dicho Cura que no se componía tanta blandura de Corazon para la Mula, con una Estocada que havía dado a un Hombre en cierto Lugar; respondió haber sido provocado de dho Hombre, pero que la Mula en no poder con la Carga, no irritaba, ni debía provocar a que por ello la maltrasen o malasen.

Dijeron Conformes, que contiene Doctrina Superticiosa per excepción en el Culto de Dios, Errorea, Ipocrita con Simulacion nociva, y perniciosa; contra veras expresas en la Sagda. Escritura, y Supiente Errorem, et hyresim Manicherorum, que hace al Reo Vehementemente. Sospechoso en la fée, y de Hereje Maniqueo.

RESPUESTA

Hela aquí tomada de la segunda relación de Moyen a su abogado y del alegato de este último.

«Otra cosa lizongera al Sor Dector., fué de averme a cuzado de pitagoriciero al Sto tribunal, por que dije sin consecuencia, que la mula, Era criatura de Dios No Era por ignorar de la generacion de la mula, que yo bien sabia, que no Era la mula, por orden de Dios, como lo son los otros animales, y que ella es, un mostro de la naturaleza, ya que no puede Engendrar; pero, como son las hembras de los Cavallos, y el Burro, que la Engendran, y que estos son criaturas de Dios, abia
entendido que se podía sin ofensa ninguna, llamar también a la mula, Criatura de Dios, porque Dios es generalmente reconocido, por Criador de todo lo Criado: y bien se podía haber rre conocido, que Era ligeza que dezia de dezir que me pasaria sin Comer, primero que de matar a una Gallina, que en este Reyno he muerto a una cantidad de ani males Iracionales: y si hedicho que por preferencia daria la muerte a un hombre, que me ubiese ofendido, y no a una mula: no por eso ofendería al Santo tribunal; Supongo, que la obra no Seria mui christiana ni mui caritativa pero rre conosía por pecado la locura; que desde entonse les confessé y assi, a donde es la razón, para acusarme al Santo tribunal? de mas, como ellos, lo an declarado la historia ahí su sedida, entre, un mulato de arriero, que maltrat va a su mula, con el palo, y ami con la lengua, pues, en que se entre metieron ellos, y después a hasearme ablar para ir al Sor. Comisario acuzar, y mas, no ay en esta acuzación causa ninguna contra la fé: y mas, que esta conversacion fue de noche, que no se vee lo que hazen: y todos por aber bevido bastante aguardiente no sabian lo que se dezian, y menos yo.»

Hasta aquí las apuntaciones de Moyen. Lo que sigue pertenece a su abogado el doctor Valdivieso.

«En el cap. 40 sele hace cargo de que en cierta ocasión maltratando un arriero a una mula porque se tendía con la carga se indignó furiosamente diciéndole que quién le había dado autoridad para que maltratase o intentase matar a la mula quando todas eran Criaturas de Dios? i que tratándose de este suceso en presencia de otros añadió que no comería si huviese de ser necesa-
rio matar res o ave para si i por todo se le acusa de hipocresía que sapit herejian manicheorum de sospechoso en la fe i de hipócrita.

«Dn. Franco, en su auda, de acusacion respondiendo al capítulo dificulta haver dicho que el no mataría animales si fuese necesario hacerlo para comer porque en la Francia salía a todo jénero de Caza, en el viaje de las Indias Orientales mató dos Carneros, en el camino del Cuzco a esta Ciudad dos o tres gallinas, e muchas vezes cazó en el camino de Potosí i Buenos Ayre. En la auda, inmediata acordó que a un arriero que maltrataba su mula para zaerirlle diciendole bruto sin que el lo entendiese le dijo que no maltratasse a su proximo. Si el testigo orijinal que depone del caso es el mismo arriero, es natural que invirtiese la razon de proximo con la razon Creatura de Dios.

«Aunque así no sea, me parece por la regular observancia que tengo de sucesos semejantes que Dn Franco, esta muí distante del Maniqueismo. El suceso de tender se la bestia con la carga i maltratarla el arriero para que se levante es tan repetido en esta Ciudad con los burros destinados al cargo de la yerba que en una mañana que se dé vuelta a las Calles de esta Ciudad se vera repetido el suceso de Dn Franco. Luego que para una requa, caen por tierra todo los borricos. El yerbatero comienza a golpe de cuero, prosigue con el palo i ultimamente termina en las piedras. Así el animal pierde el tino i por las ancas el cuero reducido a un espectaculo de llagas en carne viva. Todos quantos ven esta operacion la tienen por cruel. Los del populacho que son otros tales como él yerbatero los satirisan diciendole que atienda ser su próximo en que quieren significarle
ser tan incapaz como el burro de que pide que tenga conocimiento, para excutar lo que le manda. Las mujeres que tienen el Corazón docil y se mortifican, le persuaden diciéndoles, atiendan ser Creaturas de Dios. Esta razón es muy poderosa porque también Dios siente injurias en que se abuse de sus Creaturas. Lícito es matar á los animales para comerlos; porque ese es su fin y se pone en uso. Lícito también es matarlos andando a caza porque también en esto verifican su fin cual es la diversion.

«Pero el que quisiere consumir una especie por odio á ella no haría nada lícito porque es abuso de las obras de la Creación, i del mismo modo que se vendice á Dios en las obras apreciandolas, también se le injuria aborregándolas. Tenemos derecho para matar los animales i usarlos pero quien tubiese el Corazón tan sensible al derramamiento de sangre de los animales que sintiese un movimient. extraordinario de repugnancia obrará lícitamente excusándose. Tengo por cierto que la mayor parte de las Mujeres ilustres de esta Ciudad no solo no mataran una ave sino que cuando ordenaren á un Criado que las mate bolberan los ojos para no ver la operación, i ninguna es sospechosa de error.»

No podrá negarse que en esta parte el mérito de la defensa corria pareja con el del cargo.

No abrimos, sin embargo, dictámen sobre las proposiciones de Moyen, por absurdas, por pueriles, por increíbles que parezcan las más de ellas; i la razón de nuestra reticencia está en que, bajo ningún concepto ni protesto, consentiremos, por
nuestra parte, en hacer de la presente polémica, puramente *histórica i de actualidad* (según en el prefacio lo dijimos,) una *cuestión dogmática*. Siempre hemos tenido por vedado ese terreno, en cuyos mudos y solemnes espacios es solo soberana la conciencia humana, con sus sublimes atributos de libre albedrio i de fe indestructible, junto con la tolerancia cristiana, que es el equilibrio eterno que mantiene a aquellos suspendidos sobre el universo moral, impidiendo que su exuberancia se desborde en el fanatismo perverso o que se osterilicen i agosten en la incredulidad i triste funesta.

Pero para dar satisfacción a nuestra propia i humilde conciencia sobre la gravedad de las culpas o de los errores de Moyen, sostenidos por su entera, imperturbable, heroica buena fe delante de la tortura i en presencia de la hoguera, haremos solo una invocación a la conciencia del ilustrado panegirista de los jueces que condenaron a Moyen, i le preguntaríamos, en su carácter de apóstol de conciencias, que es natural desempeñé en medio de nuestra sociedad, cuál castigo o penitencia daría hoi al hombre que, víctima involuntaria de la duda, fuese a arrodiillarse a sus pies para decirle que no creía en el poder temporal del papa (uno de los cargos mas graves hechos a Moyen) o que le sometiese, como puntos de consulta, las dos cuestiones de astronomía i de historia natural sobre la superfluidad de los orbes, del espacio i sobre si el enjendor híbrido de las mulas es un fruto armónico o monstruoso de la naturaleza?

Acaso el máximo de la severidad sacerdotal llegaría, en un caso como el presente, a algunas oraciones, o la lectura de algunos pocos libros, a
una corrida de ejercicios, que duraría nueve días
y en la que se gozaría de las flores y de la sombra,
del incienso del templo y de opíparos y delicados
regalos a la mesa.

Las oraciones, entre tanto, cuyo aprendizaje
impuso el Santo Oficio a Moyen, fueron las ca-
denas, la oscuridad y el maceramiento gradual de
su cuerpo hasta convertirle en una especie de
llaga cadavérica; la lectura de libros ascéticos
consistió en el Sambenito y el paseo por las calles
en bestia de albarda, espuesto a la vergüenza de
la plebe; su corrida de ejercicios una horrenda
prisión de de trece años, y después, como abso-
lución, i en pos del arrepentimiento, en pos
de la abjuración, que era la consagración eterno
del abandono de sus errores i la causa legal,
la razón justa i misericordiosa de su perdón, una
sentencia horrible de azotes, vilipendio i otros
diez años de vida, es decir, de agonía en un
presidio bajo el sol de África...

Todo eso, una vida entera de infinito martirio,
costaba al hombre, a la hechura de Dios, una
opinión, un error, una palabra, cuando estaba
todavía en pie para la vergüenza y el horror del
mundo aquel tribunal infame al que hoi un celo
funesto levanta arcos de triunfo implorando tal-
vez, en secreto, su infame resurrección!

Lo que queda por contar del proceso de Mo-
yen es todavía más horrible que cuanto dejamos
dicho.

La discusión de sus errores o los cargos inqui-
sitoriales, según el lenguaje forense del Santo
Oficio, tardó un año cabal, del 4 de Mayo de
1752 al 18 de aquel mismo mes en el año subsiguiente. Fruto de esos tenebrosos debates, en lo estériles e io largos semejantes a los que en el día se usan, es el resumen compendioso de alguna de las proposiciones i respuestas que acabamos de apuntar.

Hemos dado ya cuenta de la furia implacable con que el fiscal Grillo había pedido la relajación, es decir, la muerte de Moyen. I como su vista había sido elevada al Santo Oficio antes de haber sido oído el desamparado reo, clamaba éste por clemencia, alegando que aquel verdugo le condenaba sin tomar en cuenta sus descargos, y pedía el mismo día en que se habían cerrado las audiencias de las proposiciones (el 18 de Mayo de 1753) que se le tratase con la benignidad posible, «por el escaso i culpa, dice textualmente la acta de aquel día, que resulta de haber hablado sobre materias de religión, de que está sumamente arrepentido i pide perdon i misericordia.»

Misericordia! Pero era esta otra cosa que un sangriento sarcasmo arrojado al rostro de aque- llos nefandos usurpadores de la potestad divina, que anticipaban el juicio de la clemencia eterna a nombre de sus sacrílegas imposturas!

No hubo pues misericordia entonces ni mas tarde, ni nunca para el desventurado reo de los santos verdugos. Solo muchos meses después, i cuando la muerte por la gangrena iba a arrebatarles prematuramente la víctima que entenía sus ocios i daba razón a la simonia de sus sueldos, de sus matanzas i confiscaciones, consintieron los inquisidores en quitarle una de sus cadenas. «El 15 de Noviembre de 1753, dice la respectiva dilijencia asentada en el proceso por el escribano Orúe, los señores Yqqres. Amusquiban,
y Rodríguez, mandaron al Alcayde don Francisco Ximénez, quitase a Dn Francisco Moyen el Grillo de un pie dejándolo encerrado, atendiendo al accidente de Gotacoral que le insultó, principalmente por haberte Salido en la pierna, y acía los Tobillos unos Granos malignos de que podia temerse le resultase alguna gangrena; y para que conste pongo esta razón». —ORUÉ.

I aquel era el santo i clemente tribunal «de cuyos reos, dice su apolójista (citando, ignoramos con qué fundamentos, la opinion de Llorente, que tantos horrores cuenta de la Inquisicion) ninguno jemia bajo el peso de cadenas, grillos, cepos, esposas, ni otros géneros de mortificación, que se usaban en las demás cárceles europeas. I en este filantrópico siglo XIX, añade él mismo, ¿se usa o no de grillos i cadenas en las cárceles? ¡Ah! todavía los flamantes humanitarios de nuestra época juzgan mas caritativo condecorar a los presos con esos atavios.»

I así se condecora el error i se le hace amable i digno de respeto a la juventud; que decimos! a la niñoña que mañana dará a la república sus ciudadanos i sus hombres de estado, sus leisla- dores i sus sacerdotes?

Continuaremos, enpero, con la descripción de los sitios mismos en que la Inquisición ejercitaba ayer su dulce sistema penal i ese plan peni- tenciarío de que su campeón la hace autora, usurpando a los cuakeros, (una secta de here- ciarcas) su patente de invención hasta aquí no disputada.

Hallábansese situadas las cárceles de la Inquisición de Lima en el mismo sitio que hoy ocupan bajo la denominación de Carcelitas, en la plaza de aquel mismo nombre, frente a la estatua del
libertador Bolívar. El quemadero yacía en frente, pero Rímac de por medio, y en la mitad del trayecto de un sitio al otro, que por la circunvalación podía mediar una media legua, encontraba una subida del puente, y en el mismo lugar, que todavía la sustenta, la iglesia de los Desamparados, porque allí el brazo de los inquisidores desamparaba sus víctimas, haciendo la ficción legal, es decir, hipócrita, de entregarlas al brazo secular para que éste, i no el suyo que las había condenado, las condujese a las llamas.

Eran las sombrías bóvedas del Santo Oficio, en una de cuyas celdas habitaba Moyen, un páramo de ladrillo, especie de cementerio, en que los reos se hallaban como sepultados en vida, sin luz, sin aire, transidos de humedad, cubiertos de insectos inmundos. De aquí, como del potro, del látigo, de la rueda, de los braseros candentes, de los tornillos de mano i de todos los diabólicos suplicios que comprendía la sala del tormento venía la frecuencia de las defunciones de los acusados i su subsiguiente quema en estatua o el paseo de sus huesos dentro de una urna.

El edificio actual, apesar de su horrible aspecto, no da una idea apropiada del antiguo que fue destruido en el terremoto de 28 de octubre de 1647, en que hubo de perecer la mayor parte de los detenidos, a no haber sido por la diligencia del visitador Arenaza que a pesar de ser inquisidor, dió muestras de una alma compasiva, por cuya razón tal vez lo llamaron a España i murió en Cartagena de Indias: no sabemos si de fiebre o de pesar. Un escritor moderno dice de las cárcelíes actuales que «hacer la descripción de este local, propio de la institución a que debió su origen, pintar el desorden i la falta de asco en
que se encuentra, sería obra superior en mucho a sus fuerzas,» y la llama por esto cárcel única en los países civilizados.

Si esto se escribía hace diez años de una prisión mejorada por la cultura moderna y la condición de los reos detenidos dentro de sus muros, ¿cual sería su estado a la entrada del infeliz Moyen, cuando hacía solo cuatro años la había reducido a escombros un terremoto seguido de una inundacion? ¿Considere Usia lo que pedesco Señor, decía el mismo Moyen a su juez el inquisidor mayor Amusquibar en una carta capaz de llenar de pena el alma mas endurecida (i por la misma época que alcanza este relato), en un cuarto oscuro, lleno de pulgas, los pies llenos de picos, con grillo, solo, y sujeto a Esta Ynfermedad; i lo mas penoso, de verme privado de mis exercicios, ¿como passaré la vida de los días en unas congojas tan terribles.»

Pero ni esto ni nada era bastante a mover a piedad el corazón de aquellos monstruos de la teología y del casuísmo. Era lo mas penoso para el espíritu acongojado de su víctima, según él mismo lo decía, el estar privado de sus exercicios, es decir, de su cara fraternidad con el arte, pues le había sido confiscado hasta su violin, aquel último amigo, único acento simpático que escuchara su alma en aquellas lóbregas mazmorras cuyo silencio interrumpían únicamente el crujido de las máquinas en que se aplicaba el tormento y los ayes de los que en ellas agonizaban y morían. El mismo inofensivo y silencioso pasatiempo de la pintura había sido vedado el alcaide don Francisco Ximenes por órdenes espresas de Amusquibar.—«Aquí, dentro, cuenta a su verdugo, el martirizado artista en la carta que
acabamos de citar, me había ocupado a hacer la representación de la locura; como causa, que a bia su ssidido, Sin otra Yntension, que darle gusto a Ussia.: pero, por aVerme dicho El Sor. Dn. feco. que Ussia. no gustaba de aquellos de buxos, los he borados.»

Pobre Moyen! Pintaba en los lóbregos muros en que se consumía su vida, y cuando le mandaban destruir su propia imájen, para evitar un aumento de castigo, velase obligado a finjir que la sublime inspiracion del arte y del dolor era solo la demencia vulgar que aparentan las criminales a fin de ofrecer causas atenuantes de sus faltas! De aquí su amarga y casi ininteligible frase: como causa que había sucedido,» es decir, que la locura había sido la causa de sus errores.

Los padecimientos del triste penitenciado habían llegado en consecuencia a su último límite a entradas del invierno de 1754, cuando llevaba ya contados cinco años de dolores; y en consecuencia, intentó fugarse por el vano y temerario arbitrio de prender fuego a la puerta de su celda con la vela que alumbraba su pobre cena de la noche. Desde entonces le quisieron aun este último recreo, y el desgraciado, como las bestias feroces, era obligado a alimentarse a oscuras. En otra ocasión próxima, descúbrese también por las inciertas revelaciones del proceso que meditó otro jénero de fuga, pero le denunció un pérfido negro llamado Domingo de Arcaya, que se hallaba también procesado por hereje en una celda vecina.

Entre tanto, el proceso adelantaba con una asombrosa pausa. Habíase nombrado abogado de edificio a Moyen al doctor don José Miguel Valdivieso en la misma semana en que habían
tenido fin las audiencias de los cargos (el 25 de
mayo de 1753) i enviándose al mismo tiempo al
comisario de Potosí las declaraciones del sumar
rio para los efectos legales de la ratificación, sin
embargo de que todos los testigos, según vimos,
se habían ratificado ad perpetuam al tiempo de
estamparse sus denuncios.

Debía hacerse esta delijencia con una esquisi
ta prolijidad, según las instrucciones del inqui
sidor apostólico Amusquihar, quien redactó es
presamente un formulario para el efecto, escri
biendo al márjen de cada declaración, con su le
tra clara y cortante como el filo de un cuchillo
tos puntos o herejías principales sobre que debia
recaer la ratificacion.

A virtud de estos preceptos, tardó esta tram
mitación un espacio de dos años, pues consta
del mismo proceso que el comisario de Potosí so
lo lo devolvió a Lima en Abril de 1755! Verdad
es que todo esto era dirigido a proteger la inocen
cia de los reos i evitar que fueran víctimas de la
calumnia! Por esta misma razón las declaracio
nes arrancadas en el tormento no tenían valor,
según ya vimos, si no eran ratificadas volunta
riamente veinte i cuarto horas después de haber
sido descoyuntado en las correas del potro! Bru
tos infernales! ¿Con qué derecho os arrogabais
la representacion de Dios?

El trámite subsiguiente era la publicación de
probanzas, i ésta solo se hizo el 3 de Setiembre
de 1755, cuando Moyen llevaba ya corrido seis
años de duro cautiverio, i se hizo aquella, dice
la correspondiente dilijencia, «callados los nom
bres i cognombres i las otras circunstancias, por
donde podría venir en conocimiento de las per
sonas de los testigos, según las instrucciones i
-estilos del Santo Oficio.» I esto llamaban, aque-
llos curiales atroces, publicación de probanzas, co-
mo si en la prueba testimonial, única que cabia-
en los procedimientos del Santo Oficio, los testi-
gos no fueran la esencia de la prueba, o legal-
mente hablando, la prueba misma!

Siguiéronse entonces las audiencias sobre las
ratificaciones, que comprendían cuatrocientas
páginas en folio, lo que constituía justamente el
doble del espacio ocupado en los autos por las
declaraciones previas de la denuncia.

Celebráronse seis de aquellas audiencias con
alguna continuidad, y sin embargo, empleóse en
ello cerca de un año, pues la primera tuvo lugar
el 3 de Setiembre de 1755, como dijimos, y la
sexta el 3 de Junio del año subsiguiente.

Era causa principal para aquella lentitud el
estado miserable del reo, cada día más postrado
por sus achaques, sus cadenas, la gangrena de
sus heridas, y en especial, por su antigua enfer-
medad de epilepsia, que le agravaba cada día.
En la segunda audiencia de ratificación, que tu
vo lugar el 11 de Setiembre de 1755, i cuando
había transcurrido una hora más o menos de os.
procedimientos (pues llevaba escrito el secretario
un pliego del acta del día) «habiéndole apunta-
do, dice el final de esta misma, el accidente de
gota-coral que padece, con efectos que declara-
ron la indisposición, cesó la audiencia i fué man-
dado volver a la cárcel».

Hubo de posponerse por este motivo la tercera
sesión hasta el mes de Febrero del año venidero.
Tuvo ésta, en efecto, lugar el día 12 de aquel
mes; mas cuando iba a celebrarse la cuarta, dos
días más tarde (el 14 de Febrero), aparece solo
en el proceso esta nota marjinal:—«No se le dió
esta audiencia porque avisó el alcaide estar el reo indispueto con el accidente de gota-coral que padece."

Era esto porque la enfermedad fatal del infeliz Moyen, que antes era solo un accidente de su sistema nervioso, habíase convertido ahora en un mal de terror. Cada vez que anunciaban al reo la presencia de sus jueces, el espíritu i la carne sucedían a su solo nombre!

Por último, la sesta audiencia, ocurrida el 3 de Junio de 1756 «quedó suspendida (dice la diligencia respectiva) por los urjentes embarazos del oficio o indisposiciou del senor inquisidor (Amusquiban) i también por indisposicion del reo».

En fin, el contagio de aquella agonía permanente influía ya como un castigo en el humor del verdugo!

Después de aquella audiencia en que el juez i el reo dejaron enfermos la lóbrega sala donde tenían lugar aquellas abominaciones, hubo una pausa de veintiun meses!

La séptima audiencia tuvo lugar el 18 de Febrero de 1758!

Moyen entraba en el noveno año de su martirio, a virtud del dulce sistema penal de la Inquisicion!

Infeliz hombre! Si los tres primeros años de cautividad habían tornado en una vejez repentina i achacosa su lozana juventud, cuál sería su espantosa condicion en los que ahora corrian?

Por fin, el 14 de Marzo de 1758 se concluyó la llamada publicacion de probanzas, i se concedió un término conveniente para presentar la defensa,

Fué hecha ésta en gran manera por el mismo reo con un poder de lógica i una conviccion se-
rena i valerosa que revela, según se habrá notado en los extractos ya publicados de sus descargos, cuánta era la lozania de la inteligencia verdaderamente singular de aquel mártir de una turba de leguleyos crueldad e ignorantes.

Sin embargo de que la ceremonia de la publicación de las pruebas terminó, como dijimos, el 14 de Marzo de 1758, i de que Moyen se apresuró a redactar sus apuntaciones, el doctor Valdivieso no estuvo listo para presentar su defensa sino VEINTE MESES más tarde, el 8 de Noviembre de 1759!

Era aquella pieza un larguísimos alegato, como los que se usaban entonces i ahora mismo, i de su mérito forense i literario hemos dado una muestra en la cita del pasaje o herejía de la mula, que ya antes hicimos.

Su principal, su único mérito erat alzvez su conclusion, porque además de ser clara i lacónica, bajo el velo de la compasión por la víctima, se enrostraba a sus verdugos su fria i persistente iniquidad. «I finalmente, dice, en efecto aquel escrito, atendido a que su delito confesado precisamente consiste en una garrulidad en el modo de expresarse contra las dignidades Supremas de la Iglesia a causa de haber leído una u otra Historia, entrando en parte la libertad francesa. Por todo pongo en consideración de este Sto Tribunal una prisión tan dilatada que en el derecho quasi llega al tiempo de una pena capital. Esta prisión supera a cualquier castigo que corresponda a este delito; porque es una gran parte de la vida dentro de una estrecha Carcel, que necesariamente ha de superar las incomodidades de un largo destierro i en fuerza de todo pido quede compurgado el delito» etc.
Quedaba ahora solo por llegar, antes del castigo, la última pieza de aquel proceso que duraba ya diez años,—la sentencia definitiva. Pero concluyó el año de 1759, en que se había presentado la defensa, trascurrió íntegro el siguiente de 1760, y corria ya parte del de 1761; y no obstante los inquisidores ni su consejo se reunían para pronunciar el auto en definitiva.

¿Por qué? ¿qué hacían aquellos solemnes y sangrientos ociosos? Ocupabanlos acaso tanto los urjentes embarazos del oficio, que no podían despachar la causa de un desgraciado extranjero que hacia trece años estaba muriéndose de miseria y de enfermedades en sus abominables claustros?

Silvio Pellico, víctima de la inquisición política del Austria, llenó el presente siglo con los lamentos de su carceres dura en Spielberg i la historia del baron de Trenck i de la máscara de fierro en la Bastilla han pasado a ser las leyendas populares de nuestra época. I sin embargo, en este solo caso, en que hasta los menores incidentes están comprobados por el proceso mismo de una víctima hasta aquí oscura i olvidada, todo sobrepupa el horror i el asombro de aquellas!

Francisco Moyen, el alegre pintor i músico de Potosí, era a la sazon un anciano decrépito e inválido. Su máscara de fierro era la mutación completa de su rostro surcado de hondas arrugas i sombreado por las canas prematuras que, según las revelaciones del proceso, le aparecieron en abundancia desde el primer cuarto de su prolongada agonía.

Por fin, el 18 de febrero reuníose el consejo de calificadores de la Inquisición en audiencia de consulta i vista de causas de fè; i después de em-
plear diez y seis días de relación de los autos, pronunció el siguiente voto en definitiva y sentencia final, cuya hipocresía y cuya barbarie equivale solo a la altanera pompa de títulos y honores de aquellos insignes majaderos.

«En el Santo Oficio de la Inquisición de la Ciudad delos Reyes, en días y ocho días del mes de Febrero demilsetecientos sesenta y un años; estando el Señor Inquisidor Dr. Dn. Matheo de Amusquibar (que asistió solo por impedimento de su Colega el Señor Inquisidor Fiscal) en su Audiencia de la mañana en Consulta; y Vista de Causas de Fec, y por Ordinario deeste Arzobispado i deel de Chuquizaca el Reverendo Padre Fray Thomas, Santiago Concha, Lector Jubilado, ex-Dijinidor, ex-Provincial deesta Santa Provincia, Doctor Theologo, y Cathedratico de Prima Jubilado del Sutil Escolto enesta Real Universidad de San Marcos, Examinador Sinodal, Calificador y Consultor deesta Inquisicion, que tiene Poder de tal, de que certifico, y por Consultores los Reverendos Padres Maestros Fray Antonio dela Cueba, del Orden de Predicadores, Doctor Theologo, y Cathedratico de Moral endicha Real Universidad, Calificador deesta Inquisicion, Frai Agustin Diego de Aragon, del Orden de Hermitaños de Nuestro Gran Padre San Agustin, Doctor Theologo endicha Real Universidad, y Regente de Estudios del colegio de San Idelphonso de esta Ciudad, Juan Sanchez Sargado dela Compañía de Jesús, Cathedratico que fue de philosophia, y de Prima de Sagrada Iheologia en el Colegio Maximo de San Pablo deesta Ciudad, Examinador Sinodal deeste Arzobispado, Calificador deeste Santo Oficio, el Doctor Don Francisco Tamayo, Colegio del Mayor, y Real Felipe deesta Ciudad, Abogado deesta
Real Audiencia, Cathedratico que fue de Digesto Viejo endicha Vniversidad, y el Doctor Don Ferna-ndo Roman de Aulestia. Colegial del mismo Co- legio, Abogado dedicha Real Audiencia y de pre- sas deeste Santo Oficio y su Capellan Mayor, Re- gente que fue de la Cathedra de Prima de Leyes en dicha Real Universidad, Consultores deeste Santo Oficio.—Haviendo visto el proceso, y Causa Cri- minal de Fee que se ha seguido eneste Santo Oficio—Contra Don Francisco Moyen, natural dela Ciudad de Paris en el Reyno de Francia, por Proposiciones Hereticas deque se hizo Rela- cion en los dias quince, dies y nuebe, veinte y uno, veinte y cuatro, veinte y seis, veinte y siete, veinte y ocho, treinta de Henero, cinco, seis, sie- te, nuebe, once, doce, trece, y catorce de Febrero deeste presente año: Yconsiderando no ser pos- sible proceder a Sentencia de Tormento por el acci- dente que padece en que todos convinieron.

Y havido nuestro acuerdo y deliberacion con personas de Letras y Rectas Conciencias.

**Christi nomine invocato**

Fallamos atentos los Autos, y méritos del di- cho Promotor Fiscal no haver provado su in- tencion, segun y como probarle convino, para que el dho Dn. Franco Moyen sea declarado por Hereje; pero por la culpa que contra el dicho Dn. Franco. Moyen resulta, queriendo nos haver con el benigna y piadosamente, y no seguir el Ri- gor del Derecho, por algunas causas, y Justos res- petos que a ello nos mueven, enpensa y penitencia delo por el fecho, dicho, y cometido, le debemos mandar i mandamos, que salga en Auto publico de Fee, si le hubiere de proximo, y sino en Auto-
particular en una Yglesia, o en la Sala de Audiencia de este Tribunal, estando en forma depen-
diente con Sambenito de Media Aspa, Coroza, soga al Cuello, Mordaza, y una Vela decena verde en las Manos, donde le sea leída esta nra. Sentencia con méritos y por la Veemente sospecha que resulta contra este Reo del dicho Proceso, le mandamos abjurar, y que abjure publicamente de Veemente los errores que por el dicho Proceso ha sido testificado y acusado, y de que queda, y está gravemente sospechoso; sea absuelto ad cautelam, i gravemente advertido, reprehendiendo y conminado, y le condenamos en confiscación y perdimiento de la mitad de todos sus bienes, y qe. aplicamos ala Real Camara, Fisco de Su Magestad, y en su Real Nombre al Receptor Gral de este Sto. Oficio, y le desterramos de ambas Américas, é Islas adyacentes, sugetas a la Corona de España perpetuamente y de la Villa de Madrid Corte de su Magestad, por diez años, los quales cumplirá en uno de los Presidios de Africa, Orán, Cesta, o Melilla, o en la casa de penitencia del Tribunal del Sto. Oficio dela Ynqn. de Sevilla a arbitrio del Yllmo. Sor. Ynquisidor General, y Señores del Supremo Consejo dela Sta. General Yn-
qn, a cuya disposicion sea remitido en partido de Registro; y por espacio de dichos diez años, confiese, y comulgue las tres Pascuas de cada año, y todos los Sabados deel mismo tiempo, rece una parte de Rosario a Maria Santísima; Y que el dia siguiente a dicho Auto salga ala Verguenza por las Calles públicas acostumbradas en Bestia de Albarda, con las mismas insignias a Voz de Pregonero que publicue su delito, y aunque le hemos condenado endocientes Azotes, mandamos que no se le den por el accidente que padece; y se exe-
-cute sin embargo de suplicación, y por esta Nra. Sentencia definitiva Juzgando, así lo pronunciamos, y mandamos en esto Escritos, y por ellos.

**Dr. Dn. Matheo de Amusquibar.—Fr. Thomas de Santiago Concha.**

Santo Dios! Y todo eso se hacía en vuestro nombre, símbolo de suprema e infinitiva bondad, con un hombre, criatura vuestra, a quien se declaraba inocente! ésto se hacía con un reo cuya herejía, es decir, cuya delincuencia no habían probado sus propios acusadores! Esto se hacía con un penitenciado declarado absuelto por la misma sentencia que detallaba su deshonra y su martirio!

Y cuándo?

Cuando habían transcurrido ya trece años, el tercio de la vida regular del hombre; trece años, que habían sido solo una horrible agonía de cadenas y de enfermedades, de soledad y de miseria!

Y de qué manera?

Declarando al reo inocente del delito por que se le había procesado, y condenándole por sospechas (oíd bien! por sospechas, vosotros los aclamadores del dulce sistema penal del Santo Oficio) a todas las penas arriba detalladas, que equivalían a una muerte más horrible, si bien más lenta, que la de la misma hoguera!

«Y no se sonrojarán todavía, esclama triunfante el apolojista de la Inquisición, a quien combatimos con sus propias armas, no se sonrojarán todavía los muchos ignorantes que repiten hasta el fastidio la cantinela de los procesos iniciuos de la Inquisición? ¿Aun dirán que bastaba una mera delación para ser aherrojado en aquellas
espantosas mazmorras, y conducido a la hoguera?»

No, señor prebendado, no nos sonrojamos. Y ni como cristianos, ni como escritores ni como ignorantes os pedimos tampoco que os sonrojeis a vuestro turno, porque aun para esos cargos y esas ofensas os atribuimos perfecto derecho, a virtud de nuestra manera de entender y practicar la santa religión de que vos sois ministro y nosotros solo un humilde miembro.

La horrible sentencia del inocente pero sospechoso reo se cumplió, entre tanto, con toda su bárbara minuciosidad, el 6 de Abril de 1761; y Francisco Moyen, aquel hombre lleno de inteligencia y de vitalidad, inspirado a la vez por la ciencia y por el arte; aquel cristiano que había ido en peregrinación al sepulcro de los apóstoles; aquel católico que había hecho los ejercicios de San Ignacio en Buenos Aires y dado una parte del fruto de su trabajo para el sosten del culto en Potosí: aquel reo de sospechas que había protestado su arrepentimiento y pedido misericordia por su ignorancia, aquel mártir, en fin, y aquel inocente según el proceso mismo de sus verdugos, salió de las bóvedas en que había jemido durante la mitad de su vida; y vestido con la túnica de infamia de los penitenciados, llevando una soga al cuello, una aspa de palos sobre sus espaldas y montado en una bestia de albarda, pasearonle como a un loco entre la irrisión de la plebe, mientras que sus satánicos verdugos, los esplotadores de su dolor y de su Jenio, metidos en sus soberbias carrozas, iban gozándose de su obra.

Todo esto que lo habían absuelto i «habían querido haber con él benigna i piadosamente por
-ciertas causas i justos respetos que a ello les movían.

Pero todavía no hemos concluido.

Después de la crueldad de sus jueces quedaba por cumplirse la obra de su infamia.

Terminada en efecto la abjuración pública el 6 de Abril, Moyen fue llevado por la última vez a la presencia de sus carceleros, i allí, como un posterior mandato, le exigieron incontenienti i bajo pena de escomunión mayor, late sentenciae, una última vilteza, la de que denunciara todo lo que supiese sobre las herejías que había oído proferir a sus compañeros de cautividad i a los mismos empleados de la Inquisicion! Por manera que aquel horrible proceso, que había comenzado por la villanía de una delación alevé, terminó por la provocación a otra mayor! I de esta suerte iban atándose unos a otros los eslabones de aquellos crímenes inmundos i espantosos de los que se quería hacer cómplice a un Dios de eterna justicia i de inagotable misericordia!

Al día siguiente de aquella infame escena (Abril 11 de 1761) que había seguido al lance bárbaro de las calles públicas (la vergüenza del 6 de Abril) desplegaba sus velas del puerto del Callao uno de aquellos pesados navíos-galeones, llamado el San Juan Bautista, en que se acostumbraba mandar al rei, bajo partida de registro, sus quintos reales por el oro i la plata de las minas de Indias i los reos de lesa majestad.

A su bordo, aherrojado i conduciendo el mismo un extracto de su causa, iba Francisco Moyen a sufrir otro proceso ante la Suprema de Madrid i a cumplir la benigna condena de sus verdugos de Lima, que equivalía a su vida entera (veinte
I TRES AÑOS!) entregado a la soledad, a la afrenta, a la agonía eterna de una bóveda!..............
¿Cuál fué después el destino de aquel mártir, de aquel inocente declarado tal por el propio tribunal que le juzgó?
Lo ignoramos, i sentimos un consueño en ello.
Consérvese, empero, en Lima la tradición (sin que podamos hoí verificarla) de que el navío San Juan Bautista, acometido por un huracán, desapareció en los mares del Cabo de Hornos...
I si fué así, podemos decir, sin incurrir en el pecado de herejía, del cual Francisco Moyen fué absuelto, que la naturaleza, cuyos sublimes trastornos había seguido aquel un día en las gargantas de Jujui, con las melodías de su arco de artista i su admiración injénita por todo lo creado, propia del cristiano i del créyente, tuvo de esa suerte mas Clemencia con la víctima, que sus santos jueces titulados ministros del Eterno!

VIII

Tal fué el proceso de Francisco Moyen, en que parécesnos haber dejado contestados todos i cada uno de los argumentos, conocidamente erróneos o sofisticos de su erudito, pero en nuestro humilde concepto, alusinado panegirista, cuyo acopio inmensurable de citas corre parejas con el cúmulo de sus falaces conceptos, ora versen éstos sobre la Inquisicion eclesiástica, ora sobre la española, que el propio autor distingue i confunde alternativamente, bien que en sustancia ambas sean una sola: esto es, la espresión de la intolerancia i del fanatismo religiosos, mas o menos feroz, según el país, el clima i la raza en que se ejercita. De todas maneras la Inquisicion; ha
contestado a la Inquisición; y en esta parte, dejando cumplida nuestra palabra, aguardamos el fallo de la opinión ilustrada en nuestro país i fuera de él.

Pero si como elemento de polémica, el proceso de Moyen ha sido una arma terrible en esta argumentación, hágase preciso poner en evidencia su mérito histórico, por cuanto era un documentadamente desconocido, i mas que esto, porque su consideración bajo ese punto de vista nos pone en camino de comprender mejor su carácter inquisitorial.

Como los procesos de Froilan Díaz, confesor de Cárlos II, i el de don Pablo Olavide, ajente de Cárlos III, marcaron, en el concepto de un distinguido escritor español, el máximo del apoyo i el punto de descenso de la Inquisición en la Península, puede decirse que los del judaisante Manuel Bautista Perez (1630) i el de Francisco Moyen, casi contemporáneo del ultimo (1778) señalan uno i otro de aquellos períodos en la América española.

Casi en los mismos días, en que Moyen era sepultado bajo las bóvedas de la Inquisición de Lima, (Marzo de 1752) recibíase en esa capital la famosa real cédula de 20 de Junio de 1751, en la que se daba a aquella institución el primer golpe de muerte, que debía acarrear su desprestigio moral i preparar su definitiva abolición en medio de los aplausos de la humanidad vengada. Era aquel mandato soberano el fruto de las tropelías, de las insolencias, de los fraudes, de los desafueros de todo jénero a que se había entregado el Santo Oficio americano en el vértigo de su predominio i de su irresponsabilidad. Pero al fin, no encontrando en el ilustre Manso un
cúmplice inícuo como Toledo, fanático como Henriquez, o codicioso como Chinchon, sino un mandatario recto i celoso de sus prerrogativas, hubo de ser vencido ante la Corte, a pesar de sus poderosas intrigas.

Diez años, sin embargo, luchó el virei Manso (que no lo era tanto) i cuerpo a cuerpo con aque-llos terribles rivales (1751 1761), i aunque le sus-citaron mil minuciosas dificultades, como la del traje en que debía presentarse el oidor que com-pusiera con ella sala refleja, de cuyo incidente burlesco, pero de graves trascendencias en esa época, hicimos ya mención, en todo los puso a raya de deber. La Corte hubo de ponerse resuel-tamente, sin embargo, de parte del representan-te de su autoridad, que comenzaba a ser distinta de la Roma; i cuando se notificó a los Inquisi-dores la segunda real cédula de 29 de Febrero de 1760, en que se mandaba cumplir la primera de 1751, en otro lugar citado, que les arrebató sus prerrogativas mas acariciadas porque eran las mas fructíferas en orgullo i en doblones, hubie-ron de decir al virei «que con toda sumision practicarian cuanto se les mandaba.» Cuanta dis-tancia iba ya recorrida en el solo espacio de un-siglo, desde que el inquisidor Juan de Mañosca ordenaba a su comisario en Chile, el dean Santi-aggo, que no sesgara delante de la Real Audiencia, cuando alborotados los fieles en Santiago i la Serena gritaban los unos: Aquí del rei! i Aquí de la Inquisicion! los otros.

Después de Manso, vino el iracundo, porfia-do i cúpido catalan Amat, azote de los jesuitas durante su gobierno en Chile; i manifestando a los inquisidores, como él mismo se jactaba, la «poca falta que le hacian sus personas,» humilló-
su arrogancia hasta el punto de enrolar a sus familiares, que antes nadie era osado tocar sin recibir el peso de una escomunión, (quisiera fueran sus criados, como sucedió en tiempo de Manso), en la milicia del país, con motivo de la guerra con el inglés (1767).

El ilustrado Carlos III, el demoledor del coloso de San Ignacio, acabó de postrar con su otra mano la cabeza de Torquemada (que ambos institutos fueron contemporáneos en su cuna y en la carcania de su fin; y de aquí su perdurable alianza), desterrando nada menos que al inquisidor jeneral Quintana por haber prohibido un catecismo cristiano que el mismo rey había mandado redactar. «Relijioso i devoto Carlos III, dice a este propósito el mejor reputado i mas voluminoso de los historiadores españoles; pero amante i protector de la ilustracion, defensor celoso de los derechos i prerrogativas reales, circundado de ministros i consejeros sabios i partidarios de las doctrinas de las regalías, animados unos i otros del espíritu reformador que se había iniciado i venia desarrollándose en los dos reinados anteriores, todo esto hacia incompatible la antigua rijejidez i casi innesesaria la existencia de otra institucion, que creada por el celo religioso, alimentada por el fanatismo, robustecida por la usurpación del poder real i civil, había estado siglos hacia esclavizando los entendimientos i cortando el vuelo de las ideas. Hablamos del tribunal del Santo Oficio; que si ya en el reinado de Fernando VI había perdido el poder inquisitorial su antigua omnipotencia, i comenzado el pensamiento a conquistar su libertad i a sacudir la tirania en que había vivido, cuanto mas crecia se desarrollaba i fructificaba la ilustracion, tanto mas tenia que
amenguar i decrecer el rigor i la autoridad i el in-
flujo de aquella institución vetusta i sombría.

Durante el largo reinado de su sucesor Carlos
IV (1788-1808) hallábase ya en efecto tan decei-
da la prepotencia del Santo Oficio, que no se ce-
lebró en toda esa época ningún auto público de
fie; i esto a tal punto, que a pesar de los esfuer-
zos que hizo el famoso cura de Esco don Miguel
Solano, para que le quemasesen vivo, predicando
por calles i plazas contra la simonía de los cléri-
gos i de los obispos, no pudo conseguirlo: tan
desusada estaba ya la hoguera.

Puede decirse en verdad que la Inquisicion
murió a las puertas del siglo en que vivimos, por
lo que será preciso aguardar que acabe, i noso-
tros junto con él, para celebrar, según el ritual
moderno, su respectivo centenario.

Ya hemos visto, en efecto, como fué tratado el
hereje Stevenson en 1806 a consecuencia del de-
nuncio del padre Bustamante sobre la virgen del
Rosario. La condescendencia de los inquisidores
había llegado por ese tiempo a un grado tal de
dulzura, que a fin de amonestar al hereje ingles,
el fiscal le convidó a almorzar a su casa, i allí,
entre suculentos guisos i el chocolate, hicieron
ambos las paces de Cristo. El mismo Stevenson
cuenta que poco más tarde presenció un auto
privado en la capilla de la Inquisicion, cuyos pe-
nitenciados eran un clérigo mui compunjido i un
hechicero, el último de los cuales, al oir la rela-
ción de los desatinos que se le achacaban no fué
dueño de contener la risa, siguiéndole en ella to-
do el auditorio.—El sainete había sustituido a la
horrible tragedia de los siglos!

Con todo, hubo autos i antillos privados de fé
hasta 1812, en que fué penitenciado el célebre
marino Urdaneja, por proposiciones heréticas e lectura de los filósofos franceses (la gran herejía del siglo, desde Moyen al fabulista Tomas de Iriarte i al literato-político Martínez de la Rosa), i resultando condenado a encierro, ayunos i oraciones en los Descalzos de Lima, armó el penitenciado tal zalagarda con los frailes en la primera noche de su espiaicion, que los Inquisidores hubieron de desterrarlo al castillo de Boca Chica en la bahia de Cartajena. De allí escapó, sin embargo, el último hereje, i fué a prestar sus servicios a los independientes de Méjico, en cuyo país murió.

Cuando las cortes españolas promulgaron su célebre decreto de abolición del Santo Oficio de 22 de Febrero de 1813, fué por consiguiente solo como un de profundis sobre su hediondo cadaver. I aquí es llegado el caso de recordar al señor prebendado de Santiago, uno de sus argumentos mas originales, el de que la Inquisicion no fué cruel ni perseguidora, «porque cuando penetró el ejército de Napoleon en España, no encontraron sus heréticos soldados ningun preso en sus mazmorras, hecho que aunque nos parezca mui dudoso, pudo con todo verificarse en razón de que el Santo Oficio no existia ya sino nominalmente; pero si es cierto que esto pudo sucedió en 1808, pregunte a la historia el señor prebendado cuanto i cuan ilustres reos encerró la Santa Hermandad en sus calabozos en el negro periodo del absolutismo de 1814 a 1820, cuando el rei perjuro intentó darle nueva vida; i esto que la Inquisicion (segun lo afirma el señor prebendado con un candor verdaderamente asombroso) nunca prestó su limpia mano ni al despotismo ni a la avaricia de los reyes.
«Las delaciones del odio, dice un escritor español aludiendo a esta época abominable de la Historia de España en que el clero se hizo el vil instrumento de una vil política, la envidia, la venganza y el espíritu de partido no habían producido jamás efectos tan desastrosos como en este momento. Afortunadamente acababa el Papa Pío VII de abolir el tormento; pero se llenaron las cárceljes secretas y las mazmorras de nuevas víctimas de la Inquisición, y las islas se poblaron de ilustres proscriptos.» (Rodriguez Buron t. II pág. 352).

Pero sea lo que fuere de esta cuestión ya fallada en todo el orbe, tócanos a nosotros, a los chilenos, a los que no quisiemos conocer el Santo Oficio, según el espresivo lenguaje del Dean San- tiago que nos lo quiso enseñar, el reclamar para nuestra patria i como una de sus mas altas i le- jítimas glorias, la de que no solo hubiera sido la primera, quizá la única en América, en rechazar desde su fundación aquella invención diabólica que había avasallado por el terror a las naciones mas viriles, sino que adelantándose a todos i a la España misma, vuelta en sí de su pavor, la abolió de hecho en los primeros días de nuestra revolu- ción, ostentando así nuestro primer Congreso (1811), i permítanos el señor prebendado este plau- jio de su hermosa frase aplicada a la tortura, la bella aurora de un esplendente día.

IX

Terminado con el proceso del desgraciado Mo- yen i las precedentes consideraciones históricas,
nuestro propósito de presentar en un solo cuadro, verdadero i auténtico, cuanto el Santo Oficio te-nia de horrible i de infame, solo nos quedan por ventilar los cargos personales que el señor pre-bendado Saavedra ha tenido a bien dirijirnos en su opúsculo justificativo de aquel ominoso tribu-nal, cuyos ministros llamamos nosotros repetidas veces en la obra por él impugnada, como en es-ta misma, impíos espoliadores i verdugos.

Aquellos cargos se reducen, en sustancia, a dos: el primero al de la falsa avaricia imputada a los inquisidores de América, i especialmente a los de Lima, i el segundo a su supuesta crueldad.

Sobre si hemos probado o no ampliamente en el presente trabajo la exactitud de ambos califi-cativos, será cuestión que ni el señor rebendado Saavedra ni nosotros podamos deslindar. Corres-ponde aquella esclusivamente a la opinion pú-blica, i a su criterio la dejamos entregada.

Pero a mayor abundamiento de razones i de hechos en aquel sentido, cúmplene desvanecer las imputaciones que me dirije el señor Saave-dra, presentándose como un falseador a sabien-das de la historia en el opúsculo que sobre la Inquisicion publiqué en 1862, un siglo cabal después del suplicio de que hemos dado cuenta.

Trataré de sus cargos en el mismo orden que el impugnador lo hace.

Dije en aquella memoria histórica que la ren-ta principal de la Inquisicion de Lima se com-ponia especialmente de los emolumentos que le producía un fondo que le asignó Felipe II al ins-talarla en 1569, cuyo producto alcanzaba anualmente a 32,817 pesos 3 ½ reales i de la entrada que sesenta años mas tarde le otorgó Felipe IV, su-
primiendo ocho canonjías en las principales capitales de América y aplicando el producto de estas, cuando quedaran vacantes, al fomento de la Inquisición, cuya mudanza fué precisamente la causa de los disturbios que la avidez de los apoderados de la Inquisición en Chile provocara.

Ahora bien; el señor prebendado Saavedra, atribuyéndome que al establecer aquellos datos he seguido el testo del historiador de la Inquisición, de Lima, don Manuel Antonio Fuentes, en su Estadística de Lima, declara categóricamente que he sufrido una notabilísima equivocación.

«Respecto de las rentas de la Inquisición, dice el autor de la Rápida ojeada (pág. 85), el señor Vicuña ha sufrido una notabilísima equivocación. Fuentes, en su Estadística de Lima, de la cual parece haber tomado esos datos el señor Vicuña, dice todo lo contrario. Estas son sus palabras: «El tribunal poseía la renta anual de 32,871 pesos 3½ reales provenientes de un fondo que le destinó Felipe II y de la supresión de ocho canonjías decretada por el señor Urbano III en las catedrales de Lima, Quito, Trujillo, Arequipa, Cuzco, Paz, Chuquisaca y Santiago de Chile.»

«De suerte que la renta del tribunal de Lima, añade el señor Saavedra, provenía copulativamente de dos fondos diversos, y el señor Vicuña, tal vez cegado por su odio a la avaricia de los inquisidores, dio un sentido disyuntivo a las palabras de Fuentes para acriminar a la Inquisición.»

Podríamos establecer aquí muchas cuestiones prétorias de las que enseña la teología, si fuéramos casuistas, porque, en primer lugar, ¿por qué habría de tener razón el señor Saavedra pa-
ra atribuirnos que habíamos seguido esclusivamente a Fuentes? I en segundo lugar ¿por qué el período de este escritor, que el panegirista de la Inquisición interpreta copulativamente, porque así se le ocurre, no habría de entenderse en el sentido contrario, como que a ello se presta estrictamente su redacción textual, tal cual la apunta nuestro mismo impugnador? Sería esto por lo menos una cuestión de gramática, en la que talvez llevaramos la peor parte, pues el señor Saavedra ha corregido el testo de don Andrés Bello, que nosotros jamás hemos consultado. Por tanto, la abandonamos para entrar en el fondo del error, a fin de ver si es nuestro o de nuestro adversario.

Desde luego, es evidente que no hemos seguido al escritor Fuentes tan servilmente como lo imaginaba el señor Saavedra, i a la verdad que así debiera haberlo pensado si hubiera detenido su atención, antes de acusarnos de falsedad, en que distintamente decimos que una renta fue otorgada por Felipe II i otra por Felipe IV, estableciendo entre ambas concesiones un período de sesenta años. «Sesenta años más tarde, decíamos textualmente en la página 7 del opúsculo impugnado, el papa Urbano III, a petición de Felipe IV, mandó suprimir ocho canonijas, etc.»

Y como Fuentes no dice nada de esto en su Estadística, era natural que otro oríjen tuvieran nuestros datos.

Y así era la verdad, porque habíamos sacado de otras fuentes el oríjen de aquellas dos rentas dispuntivas, i para convencer al señor prebendado de su engaño, sin dejar lugar ni resquicio a la dialéctica, vamos a citárselas. Esas fuentes son la correspondencia del dean don Tomas de San-
tiago, comisario de la Inquisición en Chile, con
el inquisidor mayor de Lima Juan de Mañosca,
(1635-1640) que conservamos original y de la
cual en nuestro discurso universitario citábamos
fragmentos numerosos en cada página. Si el se-
fior Saavedra se hubiese fijado suficientemente
en éstos, se habría persuadido hasta la evidencia
que la renta de 32,000 pesos de Felipe II era
una, siendo otra diversa las canonjas supresas
sesenta años más tarde; por lo que el pasaje del
señor Fuentes debía entenderse disyuntivamente,
como yo lo entendí, y no copulativamente como
tuvo a bien entenderlo el señor prebendado.

Pero si aun así dudase todavía el señor pre-
bendado corrector de los eruditos cálculos de
Llorente y de los sencillos nuestros, de que des-
graciadamente es él y no nosotros quien ha pa-
decido la notabilísima equivocación, lea las leyes
4.ª, 24.ª, y 25.º título 19, libro 1.º del Código de In-
dias, y el breve del papa Urbano VIII (no III) de 10
de Marzo de 1627, (cuyos dos documentos se ha-
llan aludidos y publicado íntegro el primero, mas
adelante en una representación del último recep-
tor de la Inquisición en Chile, que publicamos
por via de justificativos), y se convencerá que no
fué nuestro ódio ciego a la Inquisición, sino nues-
stro amor a la verdad y la nunca contradicha es-
crupulosidad de nuestras investigaciones históri-
cas, lo que nos indujo a establecer los hechos
como fueron consignados. Lea también la Real
Cédula de 14 de Abril de 1633 que nosotros cita-
mos expresamente en 1862, i por la cual se mandó
llevar a efecto la bula de Urbano VIII, i se aca-
bará de convencer de nuestra veracidad i de su
error.

Ahora, en cuanto a las deducciones que de
esta notabilísima equivocación nuestra se com-
place en hacer el señor prebendado, creemos es-
cusado ocuparnos desde que están destruidas por
su base. Nos permitiremos observar únicamente
a nuestro impugnador que no es justo ni mémo
es verídico el decir que nosotros aplicásemos el
total de las rentas mencionadas solo a los inqui-
sidores i no a los empleados de éstos, pues deci-
mos claramente (páj. 6) «que el rescripto de Fe-
lipe II mandaba se fundaran tres tribunales ma-
yores, dotándolos con un fondo, etc.», de lo que
resultaba que hablábamos en globo de las rentas
del Santo Oficio i sus tribunales; pero sin indivi-
dualizar cómo se hacía la distribución minuciosa
de aquellas; fuera de que al hablar de inquisido-
res, no ha de entenderse exclusivamente de las
personas de los tres majaderos de Jovellanos, sino
naturalmente de toda su dependencia, de fiscal
a verdugo. En cuanto al error que tanto regocija
al señor Saavedra de que nuestro testo diga Uru-
bano III en lugar de Urbano VIII, atribuyalo a
error de imprenta, que no es el único de nuestro
disco de 1862, o a que seguimos en ese rum-
blo a Fuentes, cuyo error acarreó el nuestro, o, si
le es mas grato, a nuestra supina ignorancia en
la cronología de los papas, que no tenemos ru-
bor de confesar a un ilustrado sacerdote, porque
es una verdad de conciencia. Quede pues como
un triunfo evidente de nuestro impugnador, que
mereció los infantiles aplausos del refectorio de
los Padres de San Ignacio i que dice testualmen-
te así de nuestro yerro: «¿No hai mas equivoca-
ciones en aquel pequeño trozo? (el de la renta
copulativa) Sí; la de atribuir un suceso del siglo
XVII a Urbano III, que vivió en el siglo XII.»
¡Pasmosa novedad!
Pasemos al otro punto, el de crueldad para con los brujos chilenos de parte de la Inquisición de Lima, si es que tal materia merece mencionarse en un trabajo serio.

He aquí brevemente el caso: «Aunque hemos leído, no recordamos donde, decimos textualmente en la página 11 de nuestro folleto de 1862, que fue quemada viva en la plaza del Acho de Lima una mujer bruja llamada la Pulga chilena, i que se tostaron también los huesos i aventaron las cenizas de un bachiller llamado Obando, natural de Chile, no registra sin embargo, ninguno de estos hechos el timorato escritor peruano Córdova Urrutia, que se ocupa de tantos casos de la Inquisición en su obra titulada Las tres épocas del Perú, ni el erudito Fuentes en su prolija Estadística de Lima».

Ahora bien; el señor Saavedra, citándonos también a esos autores por nosotros citados, niega el hecho. I acaso nosotros lo habíamos afirmado? No decíamos simplemente i como una alusión vaga, o mas bien, como una duda evidente, que lo habíamos leído no sabíamos dónde? No afirmábamos, al contrario, que aquellos autores no lo contenían, a pesar de ocuparse el uno de muchos casos de Inquisición i ser prolijo el otro en sus averiguaciones? Podíamos dar prueba mas honrosa i mas indisputable de buena fe, de modestia, de escrupulosidad histórica?—Ahora el señor Saavedra ha descubierto que ni la Pulga chilena, ni el bachiller Obando (que no era bachiller sino minero) fueron quemados, pues recibieron mas blandos castigos. Santo i bueno!—El erudito prebendado ha salido a traves de nuestra duda i la ha ilustrado, i desde hoy sabemos que en el pergaminho titulado Triunfos del Santo Ofi-
vio peruano, (con el que hasta hoi no habíamos tenido la suerte de tropespar), se cuenta el caso de la Pulga i de la Pulquita su hija.

Pero aun de esa alusion de no sabemos donde que apuntamos en honor a nuestra veracidad, queremos dar razon, porque es lo cierto que habia en nuestros recuerdos alguna confusión de nombres i de cosas, como aquellas espresiones bien lo daban a conocer. Habíamos nosotros leido sin disputa en alguna parte que había habido brujos i bachilleres quemados en la Inquisicion de Lima, i a la verdad que así era el caso con la célebre madama Castro la voladora, que era española, i con el bachiller Francisco Maldonado, que no era chileno sino arjentino. Eranlo, sin embargo, don Juan Francisco de Ulloa i don Juan Francisco de Velasco, ambos naturales de Santiago, quienes, habiendo fallecido en su prision, fueron quemados en estatua. Por manera que en esto de chilenos quemados hai mayor número que el que nosotros habíamos creido retener en la memoria, aunque sus nombres se habian trocado en las cabidas de aquella. Lastimoso i grave error de que nos confesamos reos, aunque felizmente nuestra víctima fué solo una pulga...

Sobre este punto de errores de detalle sin pecado de mentira, o inducidos por culpa ajena, estamos dispuestos, sin embargo, a no tratar la cuestion inquisitorialmente, sino, al contrario, a proponer a nuestro adversario que acogiéndonos de buen grado a una tregua indefinida, demos por compurgados nuestros pequeños deslices de gramática i de aritmética, a no ser que el señor prebendado insista en su terrible entusiasmo por el Santo Oficio, i queriendo haber benignamente con nosotros, haga lo que aquel, que absolvió a
Moyen de la herejía i lo mandó morir por sospecha; en cuyo caso nos será lícito dar por no hecha la propuesta. Para tal evento nos ponemos pues a la sombra i aguardamos el chubasco de fuego que se nos anuncia.

Pero antes de dar fin a esta Rápida contraojeada que tuvimos la descortesía de declarar desde el principio habíamos emprendido de mala gana, séanos permitido dirigir al benévolo público que haya de comparar la presente con la Rápida ojeada del señor prebendado de Santiago i con su artículo crítico en el INDEPENDIENTE, estas dos últimas preguntas de polémica.

(Respecto de la Rápida ojeada del señor Saavedra).

1.° Es cierto que el señor prebendado haya dejado «evidenciado (son sus palabras, página 121) en todo su opúsculo que los enemigos de la Inquisición la han calumniado en todo lo que de ella han dicho»? ¿Es cierto que no es aceptable nuestro testimonio, calificado como el de descarados detractores? (testual). ¿Es cierto, por fin, que «esos calumniadores han sido por lo común enemigos declarados del catolicismo i vivamente interesados en que sus teorías no fuesen calificadas de criminales, i se aplique a ellos o a sus correligionarios la pena de muerte? (Respecto del crítico del INDEPENDIENTE).

2.° Es cierto que «no puede hacerse a los amigos de la iglesia mas señalado servicio, que el que les ha hecho el señor Saavedra al desvaneecer errores i combatir preocupaciones que desacreditan aquella i la maltratan»?

Responda el país!
Pero concluyamos, i dejemos depositado en los estantes de oro en que la historia guarda sus grandes enseñanzas, una verdad siquiera, como fruto de esta polémica, que de otra suerte sería estrecha en su personalidad i esteril en sus resultados de actualidad.

Esa verdad es la de que Chile, sea por la energía de su ilustre i antiguo clero, sea por su lejanía i su pobreza, que no ofrecían mías de tentación a los esplotadores de la impostura, sea, en fin, por la ruda ignorancia de sus hijos, que les mantuvo aparte de las peligrosas controversias teológicas de pasados siglos, no ofreció en su limpio seno abrigo ni savia a la semilla horrible que el Santo Oficio sembró por todo el orbe católico. I por esto, tan supremo bien debióse a la altivez i enteresa de nuestros padres, que por la mano de un fraile, presidente de su primer Congreso, postró en tierra aun el frajil andamio con que se había querido proteger en vano durante cerca de dos siglos su aclimatación entre nosotros.

Pueda ese mismo sentimiento de entereza nacional, ostentarse otra vez alto e inflexible contra toda tentativa de resucitar un pasado tenebroso, ya para siempre condenado i puedan nuestros hijos decir de la patria que les leguemos, que nunca fuimos parte a permitir que se entronizara en sus leyes aquella atroz intolerancia, de la que se ven hoy tantos asomos, i de cuyos frutos dijo un historiador estas graves palabras, aplicadas precisamente al país que sirvió de cuna i de nodriza al Santo Oficio, al propio tiempo que de aya i de madera a nuestros pueblos.

¡Cuán diferente hubiera sido lo suerte de Es
paña, cuán brillante su industria, sus artes, su comercio, qué poblados y bien cultivados sus campos, qué inmenso hubiera sido su poder, qué sólida su fuerza, cuán envidiable su prosperidad, si el justo principio de la tolerancia, que en esfera mas o menos vasta dominó hasta el reinado de los reyes católicos, en lugar de verse violentamente suprimido, se hubiera ensanchado, estrechando los lazos de paz y armonía entre todos los españoles, vivificando la patria con el fuego santo de la fraternidad, en lugar de arruinarlo y de envilecerla, convirtiéndole en un montón de negras ruinas al siniestro resplandor de las hogueras inquisitoriales!

«Caro pagó España su fanatismo: felicitemos a nuestros padres, que concluyeron para siempre con la Inquisición, i esperemos que el progreso de las luces, por ellos iniciado, seguirá su curso a través de las edades.»

Sí: esperémoslo!

FIN.